



José Antonio Millán

Nueve veranos

Edición conmemorativa de los 100 días
de las licencias Creative Commons en España

Sarrià, 24 de enero del 2005



Este libro se distribuye bajo licencia:

Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.1

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer y citar al autor original.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Compartir bajo la misma licencia. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.

[<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.1/es/deed.es>]

Portada: detalle
del «Portrait de Nicolas Kratzer Astronome»

Para Susana

Índice

El segundo verano.....	7
Fresa rústica.....	11
La inercia.....	22
Heredero del Cielo.....	28
La vista.....	38
Una observación de Kratzer.....	47
El ciervo herido.....	51
El espía geográfico.....	60
Eh tú, León (carta lenta)	62
Dos torres en la llanura.....	69
Sobre el autor.....	81

El segundo verano

La tarde de la Expulsión brillaba con luz verdosa al otro lado de la puerta. Avanzaron unos pasos y les sorprendió la fuerza del viento, el frío y las primeras gotas de lluvia. Arrebujados en sus pieles corrieron hasta perder el aliento, y sólo entonces miraron hacia atrás. Una llama de cuchillo oscilaba inmensa en su ronda ante la puerta, proyectando reflejos siniestros; contra el horizonte, las torres aladas de los centinelas.

—Parece que va en serio —dijo Adán—. Corre: vamos a buscar refugio... ¡Qué molestas las aguas que descienden del cielo! Y ya siento hambre...

Durmieron ateridos entre un grupo de rocas, y en la dudosa luz de la mañana se levantaron y siguieron su marcha.

—Al menos Él no se portaron mal —dijo Eva—... Podía no habernos hecho estas túnicas. ¿Te fijaste en cómo desolló a los animales peludos?

—Perros —dijo Adán, que era quien les había dado nombre—. Sí, pero no tenemos Sus uñas. Aunque tal vez —miró al suelo, y cogió una esquirla de roca—... Ahora sólo hay que conseguir acercarse a uno.

Comieron las bayas de un arbusto próximo, y pronto empezó de nuevo la lluvia.

—¡Qué horror! —sollozó Eva— El mundo de fuera es duro y frío, sus alimentos amargos. Nos han dado el peor de los castigos. Vayamos hacia abajo.

—No; quiero verlo todo. Vayamos hacia arriba. Recuerda, Él lo dijo: tú harás lo que yo ordene...

A sus espaldas la llama centinela se agitó al divisarlos en la cumbre. Bajaron la ladera, y Eva señaló a lo lejos, donde la tierra se abría en una cavidad.

—¿Te acuerdas de la miel, de los melocotones y cerezas? —suspiró ella, sentados ya en la cueva— Nada de eso hemos encontrado.

—Ya veremos —gruñó Adán, tozudo—... Tal vez en el próximo valle. Tengo sueño.

Se retiraron al fondo resonante de la cueva, y se enlazaron para dormirse: Eva enroscada sobre sí misma, y el hombre pegado a su espalda. Creció el calor entre ellos, y al cabo de un instante Adán musitaba como para sí: «¡Qué curioso...!».

—Nos hemos defendido de las fieras, hemos encontrado pocas nueces, tú no cogiste al bicho por no correr bastante: ¡qué mala es esta vida! Me estoy volviendo

loca —se cogió la cabeza entre las manos—: el día me parece cada vez más largo, como si la noche portadora de olvido se alejara de mí.

—¿Quién sabe? —gimió Adán, que cascaba con dos piedras el fruto—... Yo tengo la misma sensación. De este mundo de fuera no sabemos nada.

Y glorioso, precedido por un cortejo de abejas y flores restallando en las peñas, un día les sorprendió el verano.

—El nos ha perdonado, ellos son buenos. Nos echó del Jardín, pero abre otro más grande. Mira lo que he encontrado —y del regazo de Eva cayeron las cerezas, los nísperos maduros y los melocotones.

—No sé, no sé: ...no me fio —mencó la cabeza Adán, cazurro. Pero ella le cogió de la mano y bajaron al arroyo a refrescarse. Se desprendieron de las pieles y así, por un momento, fue como en el Jardín, porque no tuvieron vergüenza. De pronto se oyó un grito.

—¡Me duele! —decía la mujer— Una serpiente corta se ha aferrado a mi muslo.

Adán le arrancó la sanguijuela de un manotazo, y tres perlas de sangre adornaron la pierna.

—No podía durar. Suerte que preparé algo —y Adán señaló las pieles tensas, puestas a secarse. Les habían sorprendido los fríos una mañana, y luego el restallar del trueno—. Aquel que no nombramos, y que es uno y es muchos, quiso que probáramos por última vez el gusto del Jardín antes de arrebatárnoslo para siempre. Reconozco su estilo.

—Tal vez no: ¿sabes qué se me ocurre? —preguntó Eva cuando caía la tarde y el cuerno creciente de la luna luchaba con las nubes— Que a lo mejor... —pero el hombre no oía, afanado en el cadáver enorme de una bestia.

Pasaron muchos días y noches heladas, y cada luna naciente renovaba en Eva la misma idea. Ahora sabía hacer cestas con juncos, y volvía muy cargada de su búsqueda de alimento, a lo que se unía el creciente peso del vientre.

Y al cabo de muchas mañanas le saludó desde el cielo una forma familiar:

—Ese pájaro —le señaló a Adán—: recuerdo haberlo visto justo antes de que se fuera el frío. A lo mejor, de nuevo...

El hombre no levantó la cabeza, y contestó con un gruñido. Pero tres días más tarde hasta él tuvo que reconocer que volvía el tiempo cargado de frutos dulces.

Y una noche cálida, mientras amamantaba a su hijo, sentados en la orilla del arroyo, Eva terminaba de explicarle:

—...y otra vez vendrá el frío, y otra vez el calor, y otra vez el frío, y así para siempre. Porque esto es lo que nos han dejado: un Paraíso en pedazos, para los que perdimos el grande.

Y Adán asintió, cogiendo en brazos al pequeño Caín, aunque albergaba dudas porque era lento en comprender. Pero su vida fue larga, y después de éste, que era su segundo verano sobre la tierra, aún tuvo oportunidad de admirarse novecientos veintiocho veces más, como cuenta el libro del Génesis muy hacia su principio.

Fresa rústica

Por el momento, y contra toda previsión (Reeva me había escrito que acababa de romper con su novio y eso significaba que podría contar con el sofá de la sala), me encontraba colgado.

Que en la fiesta de despedida se hubiera quedado prendada del que oficiaba de camarero (aunque en el fondo fuera ebanista), y que él le hubiera correspondido, era algo difícil de aceptar, en el duro y competitivo mundo de las relaciones personales de esa gran ciudad. «¿Estás segura?», le grité desde la cabina del aeropuerto, nada más pasar la aduana. «Sí», contestó, «pero ven, y deja tu equipaje: ya encontraremos algo».

Poco dispuesto a errar por las calles, sin ganas de llamar a Ann, y falto de pistas acerca de las pocas personas que sabía que estaban por allí, las perspectivas abiertas eran desalentadoras. Veía pasar cosas por la ventanilla de la limousine y me sentía muy mal. Mi traición a MacMillan, el cochino comportamiento de pasar el proyecto «Campanitas», recién iniciado, a los de Scott, crecía ante mis ojos: por el momento significaba la imposibilidad de ver a nadie del equipo, visitar el Angry Squire, etcétera. Y, probablemente, verme obligado a buscar un hotel. ¡Un hotel! Ninguno de mis conocidos había pisado jamás ninguno de la ciudad.

Reeva fue más animosa. Me besó e hizo comentarios favorables sobre mi aspecto; me pasó un vodka (el Absolut que consumían constantemente, impulsados, yo creo, por el diseño de la botella), llamó por teléfono y salió a hablar con no sé quién mientras me duchaba. Volvió triunfal: Robert, «el físico»... Sí: el físico del piso de abajo, ausente, como sabía (¡pero yo no lo sabía!), por largas temporadas «de congresos». Bueno: dejaba la llave a Elsie, la vecina de enfrente, para que le regara las plantas. Elsie había dicho que, por supuesto, podía estar allí unos días.

—¿No le importará? —pregunté, muy nervioso. Reeva me miró raro: «Claro que no». Ignoraba esas buenas relaciones de vecindad entre habitantes de la metrópoli; tampoco me parecía muy normal que te ocupara la casa un desconocido, pero decidí que ellos, claramente, no eran como nosotros, y me dejé llevar.

Bajé mis maletas; penetramos los tres, Reeva, Elsie y yo, en el apartamento, y nada más abrir la puerta me saludó desde una especie de tapiz peruano una faz colosal de ligera bizquera, como si presintiera que había de contemplarme, ininterrumpidamente, durante veinte días. La estrecha escalera de caracol que subía al dormitorio (más bien una cornisa con barandilla sobre la sala), la cocina como mera prolongación de ésta, y el diminuto cuarto de baño: realmente, y en comparación, Reeva vivía como una reina.

En cuanto me pude deshacer de ellas pasé a tranquilizarme. Redacté primero una nota advirtiendo a mi involuntario hospedante sobre la identidad y condiciones del intruso: recién llegado de España, cuarenta años —anoté, en inglés—, amigo de sus vecinas, corta estancia, visita de negocios, eterno agradecimiento, me iría en cuanto él volviera. Una vez revisada, la fijé con un alfiler al lado del cabezote, sin taparlo del todo. No podía no verla. La nota impediría, de momento, que si entraba durante mi ausencia, arrojara todas mis pertenencias en un arrebatado de ira. Bien. Si llegaba durante mi sueño ya le farfullaría explicaciones, o quizás le dejaría leer primero la nota, sin decir nada. Ya vería.

A continuación revisé por encima todo: cama deshecha y sospechosa, libros, un grado de higiene tolerable para tratarse de un neoyorquino, cerámicas orientales (o tal vez españolas), plantas en diversos estadios de deterioro, nevera desierta, bar bien provisto, muchos rompecabezas por todos lados. ¿Qué hacer? Tal vez, lo primero, aprovisionarme.

El descansillo hedía a esa curiosa fresa que al parecer consideran manifestación de limpieza: cada cultura coloca su grado cero donde quiere. Bajé en el ascensor y gané la calle, tras explicarle al portero, brevemente, mi condición de realquilado. No quería miradas sospechosas (luego pensé que probablemente era un hispano). El aire helado era magnífico, y los colores del crepúsculo hacían destacar el amarillo brillante, artificial, del Empire. Al otro lado de la calle, unas letras prometedoras decían «Deli». ¿Para qué ir más lejos? Crucé despacio.

Si existe un lugar en que convivan alegremente las mayores aberraciones alimenticias con fragmentos de Naturaleza virgen cuidadosamente empaquetados, ése es un supermercado americano; o, por mejor decir, un supermercado del Village neoyorquino, al servicio de esa difícil clientela que se debate entre la pulsión hacia las cookies y la añoranza del crujido de los brotes de alfalfa. Avancé, envuelto en aromas, por la sección de cafés, sorteando el mostrador de los embutidos, bellos receptáculos de colesterol traídos de todo el mundo (¡el pastrami rosado, o el rugoso salchichón a la pimienta!), para desembocar en el Sancta Sanctórum.

Unas focos arrojaban torrentes de una luz curiosamente coloreada sobre las verdes hileras: lechugas híspidas, como las nuestras, otras suaves y carnosas, o rizadas hasta el delirio, como cruzadas con una escarola apresurada; tiernos ramilletes de espinacas, pequeñas acelgas chinas, zanahorias con un verde penacho de hojas, paquetitos de berros uniformes, de brotes de soja, de leves pampulinas: todas tersas, jugosas, limpias, como si nunca hubieran tenido contacto con la tierra, o como si no fueran a marchitarse jamás. Yendo y viniendo por el carril aéreo,

alertado por un sensor inquisitivo, un aspersor silencioso descargaba nubes de rocío artificial sobre las hojas.

Cargué el carrito.

Encima de la mesa central, al lado del librote a todo color absurdamente dedicado a *Botas Tejanas*, había un objeto oblongo que representaba una botella de champán, rodeada de burbujitas escapadas, todo ello flotando en un líquido opalino. Al parecer, uno debía volver a meter las burbujas, una a una, en la botella, y luego poner el tapón, que flotaba a un lado. Lo miré, pensativo, y al cogerlo otras dos burbujitas huyeron del recipiente.

Enfrente de mí, sobre la estantería, un objeto de la misma familia, bajo la forma esta vez de una lata de caviar de la que fluían una miriada de puntitos negros. A su derecha, una caja transparente contenía un zigurat rodeado por una estrechísima rampa espiral erizada de agujeros de colores: en la cima había una bolita. Me dio un escalofrío.

Hay, a grandes rasgos, dos tipos de personas en el mundo: los que adoran romperse la cabeza con cubos de Rubik, anillas extrañamente enlazadas que hay que desenlazar y laberintos de bolitas, y los que no. Yo, sin embargo, pertenezco a una clase intermedia: esas cosas me gustan, adoro sus formas prometedoras, y el suave pulido de sus bordes; también me gusta el peso que tienen, y cómo se adaptan a la mano, pero jamás intento resolver una de ellas: siempre hay algo más importante que hacer. Y como los artilugios saltaban a la vista por todas partes, ¿a cuál de estas clases pertenecería mi huésped?

Por dentro ya había asumido este uso del Siglo de Oro, que equipara misteriosamente al alojante y al alojado, como en esas lenguas primitivas en las que —dice Rank en su comentario a Freud— las palabras significan al tiempo una cosa y su opuesta. De mi huésped (pues) ignoraba otras muchas cosas, aunque el paisaje doméstico que me rodeaba moldeaba, en negativo, una cierta personalidad. El no tener televisión, o el hecho de que el despertador radiofónico estuviera sintonizado en la Cadena KCUF, frecuentada por los alegres trinos de Meredith Monk, e incluso la colocación ladeada del sillón ante la ventana, que proporcionaba una agradable atalaya del atardecer: todo ello hablaba de una persona sensible, en el fondo muy parecida a mí.

Aunque no del todo, nunca del todo... Yo estaba muy poco versado en el menaje neoyorquino (la casa de Reeva era un prodigio de desorden, y la de Ann de un despojamiento casi espartano), así que no sabía cómo interpretar determinadas cosas: ¿rasgos idiosincráticos o usos comunes? Dudo mucho, sin embargo, que la ausencia de bayetas o esponjas en el fregadero, sustituidas por un instrumento

bestial de virutas de acero, fuera algo generalizado. Yo ya sabía que carecían de nuestras «fregonas», o que los únicos ajos que hallaría estarían bajo la forma de un polvillo desecado. Pero no contaba con la batería de cuchillos afiladísimos, ni con la hilera de waks colgados del armario. Busqué infructuosamente, para acompañar el whisky, alguna galleta, un fruto seco, no sé, algo; pero tampoco lo había: aliñé un manojito de berros con vinagre, y deseché la idea de espolvorearlos con alguna de las especias que se alineaban en el estante: «galanga», Dios mío, o «macís»...

Los primeros días, la verdad, salí poco de casa. Mi amiga principal, es decir Reeva, tras haber establecido los difíciles pactos de arranque, exploraba ahora fatigosamente con su ebanista los pliegues y las aristas del nuevo ser dual que constituían. Quiero decir que no tenía tiempo para sacarme de paseo. Elsie no me hizo ni caso, una vez hubo traicionado la confianza de su vecino metiéndome en el apartamento. Hice un par de breves escapadas callejeras, pero la fuerza de la costumbre me llevaba a las librerías, donde siempre terminaba deprimido. El único plan turístico que de verdad me apetecía (sobrevolar la ciudad en helicóptero, pasando entre las gráciles torres) me lo quitó de la cabeza la sucesión de tormentas que azotaban en fuertes ráfagas mi ventana. Me quedé en casa, explorando.

La primera vez que abrí la puerta del closet me encontré la imagen de un macho musculoso, en actitud de esfuerzo, con la sospechosa leyenda «SWEAT!». Pensé si Miller sería marica, hasta que reparé en las mancuernillas que había en el fondo (de diez kilos cada una), y en la barra que pendía del marco de la puerta del baño. ¡Mi huésped era un gimnasta! Y sin embargo, la pila de libros que tenía a la cabecera de la cama me sorprendió con una selección de literatura neerlandesa y textos sobre arqueología indoeuropea que poco tenía que ver con su profesión confesa.

No es que husmeara, exactamente (nunca abrí los cajones del escritorio, salvo para buscar una goma de borrar, y apenas si hojeé el paquete de revistas). Pero si yo cogía un libro de la biblioteca y la primera página rezaba «To Bob, from Mumm» seguido de una fecha (cercana) y un topónimo heleno, la idea irrefrenable del buen hijo llevando de vacaciones a la madre anciana se abría paso en mi mente, y se alojaba al lado de las otras. Por ejemplo, los nueve pares de zapatos magníficos, italianos, que contrastaban con los astrosos pantalones y abigarradas camisas que llenaban el vestidor, junto al baño. ¿Qué eran?: ¿ignorancia o presunción?

Pero los días pasaron tranquilamente, y mis excursiones se iban reduciendo al Deli de la esquina. Comía bien, aunque sencillamente, muchas ensaladas y quesos daneses, aceitunas libanesas, algo de vino australiano para acompañar. No quería llenar el diminuto apartamento de olores a aceite de oliva frito, que los anglosajones

detestan, como es bien sabido; por esa razón ni me planteé hacer una tortilla de patatas, o cocinar unas cocochas. No les gusta el ajo. Y sin embargo, llegó inevitablemente el momento de pasar a la acción.

Como indicaban bien a las claras los ruidos que venían del apartamento de encima, Reeva y su ebanista estaban atravesando una fase de reconsideración, o al menos de calma. Ella empezó a dejarse ver, fuimos incluso un día al cine, y en la penumbra de la sala, mientras un equipo de obreros afanosos extendía un halo de plástico rosa en torno a las islas, la escrutaba: sí, parecía la misma... Y por fin surgió la idea:

—¡Haz una cena para Elsie y para mí! —gritó alborozada. Recordaba mis agasajos de dos años atrás, y eso me halagó— En tu apartamento. ¡El jueves mismo!

Dije que sí, en seguida. No sé por qué razón, la invitación había adquirido un aire vagamente erótico. La verdad es que mi breve escaqueo con Reeva en Sigüenza no había pasado de ser un accidente (su obsesión por las diéresis había sido la causante de que escogiéramos ese curioso destino de fin de semana), y Elsie no parecía haber reparado en mi existencia, pero la perspectiva de una velada en común era apetecible. Sólo al cabo de un rato reparé en lo que en realidad tenía ante mí: un difícil compromiso al que responder desde un campo ajeno, y sin medios.

Aunque tengo una relativa soltura en la cocina, soy hombre de pocos platos: hago bien esto, lo otro, y lo de más allá, pero de ahí en adelante tengo que recurrir a bibliografía. Necesito la precisión de los libros de recetas, por ejemplo, en vez de las vaguedades de la transmisión oral. Una de mis tías, filipina y ceceante, explicaba de esta forma las complejas operaciones que desembocaban en cualquiera de sus deliciosos platos: «agua: lo que admita», «pimienta: que ze note», «harina: baztante». Y una cosa es moverse con seguridad en un entorno en que todo se ha dispuesto a nuestra imagen y semejanza, y otra muy distinta trastabillar torpemente a la búsqueda de una cuchara de madera. «Máz vale tonto en cocina propia que lizto en ajena».

Cocinar es una operación —así lo veo yo— precisa, económica, que se debe desarrollar en una atmósfera de extremada asepsia. Ya sé que dicen que los platos mejores se urden entre perolas grasientas, y fuegos sospechosos, con cucharas que vuelven al guiso tras haber llevado a la boca del cocinero una porción de prueba. A mí eso siempre me ha sonado extraño, como si me dijeran que los mejores medicamentos se mezclan en sótanos polvorientos, o que los trajes de gala los cortan sastres miopes en habitaciones diminutas. Puede que sí, pero sólo si es inevitable.

La verdad es que las exploraciones interiores no se habían detenido. El hecho de que yo estuviera usurpando el habitáculo no me excusaba del deber de la alerta. ¿Qué gérmenes, por ejemplo, acechaban en el cuarto de baño; o qué riesgos corría usando las sábanas, si bien cuidadosamente relavadas a 90° (centígrados: nunca entendí los Fahrenheit), de ese sujeto? A priori, no lo sabía, pero una forma evidente de evaluar los riesgos era tomar contacto con su esfera de pensamiento, como forma de saber a qué influencias podía haber llegado a estar expuesto —y yo como su heredero (involuntario).

La biblioteca de una persona, cuando existe, es una forma privilegiada de lograr un vislumbre de su mundo. No me chocó, claro, encontrar un libro sobre rompecabezas del mundo entero. Parecían gustarle. Recopilaciones de citas célebres, un diccionario Oxford y un tratado de ortografía parecían ser el habitual bagaje de un angloescribiente medianamente culto (e inseguro). Había cerca una recopilación temática de «errores extendidos» (Newton nunca vio caer una manzana, las Twin Towers no son el edificio más alto del mundo, etc.), que parecían más destinadas a fastidiar a los amigos o a ganar apuestas que a aumentar la cultura —al menos en sentido europeo— del lector. Libros de fotos de grandes montañas podían casar como extensión práctica de las aficiones musculosas de Miller, pero *El nombre de la rosa* en su lengua original ¿no era una clave pretenciosa sin probable correlato real? Ejemplares de FMR, un libro sobre arreglo floral... ¿Qué podía contagiarme exactamente? Pero ahora yo debía extender las pesquisas al ángulo sudeste.

Encima de la nevera —lugar en el que yo habría puesto los libros de cocina— sólo estaban un montón de cacerolas, una dentro de otra como muñecas rusas. Sin embargo, debajo del fregadero (donde no estaba el líquido lavavajillas, porque lo guardaba en el armario de al lado, el de los platos —que estaban fuera) sí que había una reducida biblioteca culinaria.

Para empezar, ¡varios libros sobre Salads & Snacks! ¿Existirá cosa más ociosa que este género? Claramente: en la ensalada uno echa lo que quiere, y en cuanto a los aperitivos... Pero parecían muy poco usados, y dos de ellos tenían la misma dedicatoria: «Bob: love. Mumm». Decididamente, velaba por él (además de tener en poco sus facultades culinarias). Detrás había un sobrecito de plástico con algunas recetas arrancadas de un Times dominical: una especie de croquetas, y un *boeuf bourguignon* (para ese viaje...) Por último, un astroso ejemplar en rústica, destrozado y grasiento, con largas recetas, algunas acompañadas de feos diagramas explicativos.

Lo cogí con repugnancia, y me lo llevé al sofá para verlo en calma. ¿Por qué una persona civilizada y aparentemente cuidadosa como Bob Miller no había tomado la precaución de forrar de plástico —¡o de papel de periódico!— el libro de

cocina que, visiblemente, más utilizaba? Esta piltrafa en paperback, de papel infame amarilleado por la luz me retaba además con el más radical de los enigmas: falta de tapas y de las primeras páginas, con el lomo desportillado y terminando sospechosamente en la página 198, yo no sabía, no podía saber qué eran, de dónde eran, qué razón de ser tenía esta selección de recetas.

Era el típico libro americano. Aunque no soy ningún experto en estos temas, sí que conozco algo la psicología del pueblo que me acogía. Era (si no me equivocaba) uno de esos volúmenes de divulgación que intentan poner al alcance del ciudadano medio cualquier cosa: yo había visto uno de cocina nipona que explicaba en un centenar de páginas no sólo las leves tempuras y los exactos oshitashis, sino también los sashimis y sushis de un arte cisoría que «ellos» tardan lustros en dominar; todo en una obra que lo explicaba «paso a paso», «sin conocimientos previos» y llevaba —esto no puedo traducirlo— a una *restaurant-like quality*. Pues bien: ¿qué es lo que tenía entre manos?

Era claramente un libro de cocina «exótica»: no conocía ninguno de los platos, ninguna de las especias, y la misma estética de los arreglos finales me resultaba ajena. ¿Era una recopilación del estilo de las que había visto de *Cocina mediterránea* (que para ellos parece querer decir una mezcla de griega, libanesa y tunecina: nunca un *all i pebre*)? Y si no, ¿qué recopilaba? ¿Cocina del paralelo 10?, ¿Grandes platos exóticos del mundo? ¿La cocina de los picantes? Maldije la rústica y el fresado, la dejadez de mi huésped y las relajadas enseñanzas de Mumm, que habían permitido que el volumen se desintegrara en sus componentes iniciales y postreros, dejándome ante el centro del enigma.

Había ingredientes que se repetían mucho, y que tenían una resonancia vagamente africana: macís, galanga; pero el cardamomo, ¿no hablaba de la India? Los nombres de las recetas eran superficies opacas, que no apuntaban a ningún sitio: pollo «De otra manera», o «Al horno de Jan». «Coge el kuk», decía una, «y ralla hasta lo diminuto una raíz de jemk [¿sería jenjibre?]». No soy muy ducho en lenguas exóticas, pero antes de esta experiencia habría jurado que podía distinguir, a grandes rasgos, vocablos húngaros de thais o keniattras... Hoy no lo haría. Los kroys, los ngems y demás ingredientes, recipientes, operaciones y resultados puede que tuvieran sentido iluminados por un Glosario al final de la edición, pero hasta eso me había sido negado.

El compromiso pendía sobre mí como una espada de Damocles forjada en galanga. Con aire profesional, examiné el volumen de canto: había efectivamente una zona por la que se abrían más las páginas, recuerdo seguramente de largas estancias abierto boca abajo, en medio de las manipulaciones. Dentro, una grasienta

huella de pulgar confirmaba esta idea. Tres recetas se apretaban en la página doble, pero era una grande de la izquierda la que parecía más usada, porque alguien había marcado furiosamente con la uña un par de zonas, como para no perderse y saltar dos veces, o freír antes y después del rebozado. O sea que (concluyendo): Bob la había considerado factible y (además) se había lanzado a ello. Bien, pues yo no sería menos. ¿Cuál era el nombre del plato? «Wild Strawberry Chicken»... Eché una mirada a los ingredientes, y nada había que los tarritos de Bob o los estantes del Deli no pudieran proporcionar, así que ¿por qué no?

La noche del miércoles, insomne ante el compromiso de la velada siguiente, repasé todo: ingredientes, pasos, ritmos. Lo hice todo mentalmente, una vez y otra, hasta que se me fundió en negro.

Imaginemos a un pintor de ojos vendados, mezclando los colores de una paleta inexacta, mientras intenta reconstruir un modelo que ha visto hace tiempo, para, minutos antes de la exposición, quitarse la venda con el tiempo justo para dar una pincelada aquí, un retoque allá, y lanzar su obra a la voracidad de los críticos... Eso es cocinar: un acto ciego en el que los procesos, las intervenciones, la calidad de los estadios intermedios están en una nebulosa permanente, y uno sofríe, espolvorea, añade líquidos o los retira con arreglo a un plan, en la convicción de que los resultados internos se irán acercando a esa meta lejana e inequívoca que es un plato perfecto.

Armado de las lejanas instrucciones saqué de la nevera la criatura que en el Deli me habían vendido perfectamente desplumada, salvo un penacho en la cola (tal vez como garantía de unos orígenes irreprochables: nada de procesos biotecnológicos que los trajeran al mundo desnudos y limpios). La despiecé con cuidado hundiendo un cuchillo bestial y afiladísimo en las coyunturas entre los huesos, y socarré a la llama del gas los últimos restos de cañas de plumas que pudieran quedar. Había comprado un pollo kosher, en la sección correspondiente del supermercado, en la idea de que tal vez la pureza ritual se aliaría en este caso con (o tal vez no era sino otra expresión de) un perfecto cuidado y limpieza; y no me decepcionó.

Puse, según se me decía, los trozos de pechuga a curarse en una mezcla de vinagre, agua tibia y hierbas, y el resto lo preclasifiqué: desechos (que comprendían, no sé por qué, la totalidad de las alas —que en mi tierra logroñesa se consideran bocado exquisito); la «parte del rey» (*sic*): el contramuslo, etc. Creo que fue eso lo que me dio tanta confianza en la receta, la primera vez que la leí: el trato diferencial dado a zonas que, evidentemente, tenían texturas, puntos de cocción y resultados culinarios totalmente diferentes.

Mientras hervía la base de puerros y galanga dispuse la harina de maíz para el rebozado, machaqué los higaditos y parte del bofe, y los mezclé con macís para confeccionar la pasta base. Paralelamente, untaba la cazuela con la grasa de la rabadilla, levemente socarrada, y dudaba sobre qué hacer con la «tajada del Obispo», una de las piezas básicas en mi mitología familiar del pollo (motivo frecuente de disputas, hasta que nuestro padre se la —se las, pues es un órgano par— asignaba unilateralmente), y sobre cuyo proceso nada decía el libro. Por fin, les di el mismo tratamiento que a los muslos, por pensar que algo tendrían en común.

Siguiendo un principio que me ha sido útil en innumerables ocasiones, y a riesgo de quemarme o llevarme un dedo, imitaba los movimientos rápidos, precisos y seguros de los profesionales. Cocí, pues, prefreí y aliñé, reservé una taza del líquido de la maceración, machaqué los pedazos de fresa y las especias en un cuenco de metal con un martillo —a falta de mortero—, y pronto estuve en disposición de iniciar la parte más delicada. «Junta todo», decía la receta, «en el cuenco de barro, primero lo más liviano, luego el resto, y agítalo hasta que se torne *ngem*, y aparezca a cada vuelta». Ignorante, ausente, vertí los líquidos, desleí la pasta, elevé un poco el fuego, y en uno de los giros brotó el arco iris y se extendió en remolinos.

Tres cuartos de hora después levanté la tapadera y miré preocupado el aspecto general. Con una cucharita llevé una porción de líquido a mis labios: era la última oportunidad. El toque animal, acre, se reconocía por debajo de los sabores frescos de los vegetales. Todo: sal, aromas, textura, se coaligaba en la construcción de algo que aun no sabía lo que era, pero excelente. No quise tocarlo.

Sobre la mesa desplegada, el mantel desechable, pero de primera calidad y tacto de seda. Las velas (algo les pasa con el *candlelit dining*, que con frecuencia figura en el capítulo de «aficiones» en las revistas de contactos). Los platos y servilletas cuidadosamente dispuestos. Y en el fuego, el «pollo a la fresa rústica» hacía chup-chup. De la ensaladera, colocada en una esquina, sobresalía una hoja verde elegantemente curvada. Botellas de vino de California, y música aka en la cassette. Todo estaba dispuesto. Y entonces llamaron a la puerta, y ellas entraron, preciosas, perfumadas, besuqueando y lanzando exclamaciones. Sentí un comienzo de excitación.

Con la segunda botella nos sentamos a la mesa. Aparté los aperitivos, y puse en el centro lo que tomé por un salvamanteles (era el rodete que se ponen las mujeres de sus campos en la cabeza, cuando transportan vasijas en equilibrio, según llegaría a saber mucho después). Por fin siguió la cazuela de barro, y cuando la destapé allí estaban las piezas jugosas, tersas, iluminadas por las pintas de fresa y

moteadas de galanga. Un aroma profundo se elevó del recipiente e inundó la estancia con tintes lejanos: praderas, mañanas frescas, promesas de caza.

Serví elegantemente, con movimientos justos y precisos, sin goteos intermedios. Escogí dos piezas para una, dos para otra, regué abundantemente de la salsa, que se arremolinaba en violentas irisaciones, les pasé el cuenco del arroz, y por fin serví mi parte. Nos miramos a los ojos: miré a Reeva, y ella me miró, y luego a Elsie, que me dirigió sus bellos ojos por un momento. *Aquello* creció. Hice un ademán de «adelante», y levantamos los cubiertos. Entonces sonó un tintineo de llaves y se abrió la puerta.

Entró un mocetón rubio, alto, musculoso, sonriente. A su lado, una joven negra, de pelo inverosímilmente rizado, pero muy diferente de los negros neoyorquinos: ella era casi como una princesa africana, vestida con un tejido polícromo que rodeaba y se ceñía a su cuerpo maravilloso. Apenas sonreía.

—Oh, ¡Bob!... —dijo Elsie— ¡Y su chica, Mumm!

Sacamos dos sillas plegables del armario, y se sentaron corriendo, sin ceremonia. Les serví, tembloroso, pero sin tirar casi nada, mientras las chicas parloteaban. Bob me miraba, con su frente franca y despejada. Por fin hubo un alto, y se pusieron a ello. Mumm miraba la cazuela, fijamente; luego pasó la vista a su plato, cortó una porción cautelosa, y la remojó en la salsa, para llevársela a la boca. A un centímetro de ella, se le dilataron los ojos: le había llegado el olor. Lo devoró de un golpe, y apretó los puños.

Yo la observaba, con disimulo, y me recorrió un escalofrío cuando por fin abrió la boca:

—¡Oh!: *ngem*... Te lo dije —a Bob—: puede salir muy *ngem* —me buscó los ojos con los suyos, ahora húmedos—. Así es siempre allí...

La inercia

A nuestras tertulias del jueves más central de cada mes solía asistir el núcleo fundador (a excepción del malogrado Tobal), con diversas adherencias aportadas por éste o aquél. La comida, en el piso superior de «La Villa del Narcea», era seguida normalmente por más cafés y copas en el domicilio próximo de Parrita, cuando daban las cinco de la tarde, y los camareros asomaban muchísimo la cabeza en nuestro saloncito reservado.

En el tránsito a casa de Parra solían perderse algunos contertulios, pero no nos importaba: el juez Bienzobas, torturado por la dispepsia; Gómez, que debía reintegrarse a su trabajo, «con tristeza de oficinista» (cito a Collado, que citaba a no sé quién...)

Aquella tarde de principios de otoño, con el sol dorando algunas cúpulas lejanas, y el aire frío revitalizador daban realmente ganas de abandonarles e irse a pasear por el Retiro. Pero yo había quedado con que mi amigo Cruz me recogiera a las ocho donde Parra, y mi única rebelión fue acercarme por tabaco no al bar más próximo.

A mi vuelta no se hablaba, curiosamente, de coches. Habíamos agotado durante el aperitivo los comentarios maledicentes sobre conocidos, y la paella nos permitió sacarnos alguna que otra espina profesional, y eso nos había dejado libres para otros temas. Me instalé en mi sillón preferido, y la doncellita del bribón de Parra me ofreció una copa de Calvados. Para entonces ya se había pasado al notable tema de la embriaguez. Todos tenían rico anecdotario.

—La mejor, sin embargo —decía Collado—, es la de ese lord inglés que tenía en su castillo una habitación invertida, en la que los muebles y la alfombra estaban fijados al techo, y la lámpara enhiesta en el suelo. Llevaba allí a algún invitado derrotado por los vapores de Baco —Collado hablaba así—, y por una mirilla se podía observar el despertar del desgraciado, clavando las uñas en lo que el creía el techo, para no caerse...

Lo festejamos mucho, y yo tomé la palabra:

—Eso me recuerda (no el mismo tema de la embriaguez, sino el curioso sentido del humor para con nuestros conocidos), la broma de aquel personaje, que envió a una serie de amigos un telegrama anónimo con la leyenda: «Huye; todo se ha descubierto». Imagínense —reí— cuando más de uno hizo una maleta apresurada, y nunca más se supo...

Como nuestro ex-contertulio el banquero Tobal hubiera hecho algo parecido un año atrás (y aún no se sabía nada de su paradero), hubo reacciones diversas.

—Bah, bah —se apresuró a arrojar una bomba de humo quien había sido su socio, Vázquez—... Bromitas retorcidas, y, en el fondo, bien lejos de nuestra idiosincrasia... Me sé yo una, que le hicimos a un Fulano, hace años, que ya, ya...

Como él bien sabía, en seguida se le solicitó el relato, y dado que no había cosa mejor que hacer, la botella hizo su ronda de nuevo, algunos encendieron puros, y empezó a hablar, con su acentillo gangoso.

Sería el año... no sé, cincuenta y uno o cincuenta y dos. Yo acababa de terminar la carrera de ingeniería, que tuve pocas ocasiones de ejercer antes de verme absorbido por la banca, y estaba en mi primer desempeño profesional. Era el trazado de una carretera en la provincia de León. Ustedes disculparán que no dé más precisiones, pero digamos que nuestra base de operaciones era la villa de M***. El ingeniero jefe del proyecto era el señor C., un sujeto insufrible, que había obtenido su título al final de la guerra, en uno de esos «exámenes patrióticos» (para aprobar los cuales bastaba, lo aclaro en beneficio de los más jóvenes —y miró a Collado—, con poner un simple «Arriba España» al pie de la hoja).

Sádico, engolado, de una locuacidad ronca y malsana, nos tenía a su merced en el reducido ámbito de la fonda que nos cobijaba. Dominaba, hirsuto, en las sobremesas (tan distintas, por cierto, de éstas), que sólo se acababan cuando enarbolaba su puro y comunicaba al mundo entero:

—Señores: voy a dejar un hito, ustedes saben dónde —y se dirigía con paso perezoso a la puerta del retrete. Y si uno, al cabo de un tiempo, sentía la necesidad de acudir a idéntico lugar, una vez abandonado por él, se veía, flotando en el anchísimo agujero de la taza de pueblo, la colilla nefanda...

¿Más muestras de la catadura siniestra del individuo? Las había, repartidas por todo el abanico de la humana actividad. Lucita, la criada de la fonda era objeto preferido de sus atenciones. C. solía intentar pellizcarla cuando nos servía la mesa, y con frecuencia lo conseguía, si ella venía cargada con la sopera y no podía esquivarle a tiempo.

«Inercia», recitaba entonces C., como una gracia, «es la dificultad que oponen los cuerpos» (y en sus labios el término se hacía abiertamente evocador) «para modificar su modo de ser o estar». Nosotros le mirábamos con mal disimulada ira. Entiéndanlo: al hecho doloroso de que tomara a chacota un concepto fundamental de la física, se unía el que estaba en la mejor situación para beneficiarse a la presa

más codiciada de los alrededores. Ya conocen a esas beldades rurales, más permeables a la chocarrería pegajosa de un experto que a las ternezas simples y miradas bovinas que le dispensábamos los más jóvenes..

Una mañana, helados de frío en las obras (pues evidentemente no podíamos disfrutar de la caldeada tienda de campaña donde C. sorbía carajillos con el alcalde, en constante visita de inspección), alguien expuso en voz alta sus deseos de gastarle un buen escarmiento. «Evacuol en el desayuno», sugirió en seguida uno; «Que le echen al pilón», dijo otro. En estas se alzó una voz, y expuso una tercera posibilidad. Se hizo el silencio.

—Cojonudo —se oyó por fin.

Y de esa forma simple nos vimos arrastrados a la pesadilla.

La llegada de un rezagado a la tertulia, el Doctor Peña, que traía del bracete al editor Peláez, nos interrumpió por unos momentos.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? —preguntó, ansioso Peña, temeroso de perderse algo.

—Nada—glosó alguien—. Vázquez recuerda: odiaba a uno de guayabo, y ahora se acerca el desenlace.

Pedimos silencio, y el nombrado siguió:

Hay que decir que desde el momento en que tomamos la decisión, y pospusimos el nombramiento del ejecutor, se nos hicieron más llevaderas las jornadas con el Ingeniero Jefe. ¡Así somos, y así seguiremos siendo! En tanto que en este país haya espacio y libertad para los mentideros y conspiraciones, no pasará nada realmente serio: se nos va la fuerza por la boca.

A quien en absoluto le ocurría eso era a C., que a la sazón pasaba la gloria de las siestas entre los muslos cremosos de Lucita, por fin rendida.

Y cuando, como colofón de una lección magistral sobre las ventajas de habituar al organismo a comportamientos ordenados, nos dejaba con la consabida referencia al «hito», y mientras la desgraciada retiraba los platos, devorada por

nuestras miradas, y la tarde de invierno se extendía sin promesas ante nosotros, la idea de lo que le aguardaba era nuestro mejor refugio...

Pasaron los días, y una ola de tempestades nos redujo día tras día al comedor de la fonda, donde limpiábamos los instrumentos con gasolina, bruñíamos todolitos, y nos mirábamos a los ojos. ¡Ahoral: eso fue lo que leímos de pronto.

Salimos al corral, con un pretexto cualquiera, nos animábamos con palmadas y uno preparó las pajitas para el sorteo. Cada uno cogió la suya, y pronto quedaron dos: una de ellas la larga. Yo estiré la mano (temblorosa, por cierto), y saqué una.

Hago aquí una pausa, para recordarles a todos ustedes que estoy entre amigos; más aún: entre contertulios. Todos hemos sido jóvenes, y a veces uno no calibra bien las consecuencias de sus actos. Es más: no pienso decirles quién resultó ser el ejecutor de la sentencia. Fue un auténtico Fuenteovejuna, y sobre nuestra cabeza colectiva recae el peso de lo que allí sucedió.

Un minuto antes de sentarnos a la mesa «uno de nosotros» salió con el bidón de gasolina como para guardarlo; los demás rodearon a C. y alguien se sacrificó por el bien común formulándole una pregunta técnica que el ingeniero aprovechó, como era de esperar, para humillarle. El canalla aún se reía cuando llegó el aviso de sentarse, y apareció Lucita con la sopera. A los postres escuchamos la frase ritual: «Señores: voy a dejar un hito, ustedes saben dónde». Y desapareció blandiendo el puro, que terminaría, como era habitual, apagado en la taza.

Volvió Lucita con los cafés. Había un silencio nervioso, salpicado de observaciones banales. «Parece que lloverá como antes», dijo uno. «No: en absoluto», contestó otro.

De repente escuchamos el estampido y el grito, que resultó asombrosamente agudo. Nos levantamos de un golpe, pero sólo para quedarnos agitados en nuestros puestos, como quien no sabe dónde ir. Lucita se secó las manos en el delantal y salió corriendo hacia el retrete. «Siempre» tirábamos la gasolina sobrante ahí — explicaríamos más tarde—. ¿Cómo saber que...?

Por una especie de justicia cósmica (que, aunque ustedes no lo sospechen, existe), no había para atenderle más que el veterinario del pueblo. Tengo entendido que no pudo hacer nada por la zona más quemada, y se perdió. El, que había sacado ese dulce partido de la inercia, había caído víctima de la de sus costumbres.

—¡Qué barbaridad! —dijo alguien. Y hubo un coro de asentimientos.

—¿Lo ven, lo ven? —se quejó Vázquez—: No se les puede contar nada. En el fondo son unos moralistas...

Por fortuna cambió la conversación, y nos dividimos en dos grupos. El narrador permaneció en el saloncito interior con algunos adeptos, y los demás pasamos a la sala a comentar el anunciado reajuste ministerial, sobre datos de Peláez, que en esas cosas era un lince. Llamaron a la puerta, y apareció Cruz, que venía a recogerme. Pasó un momento, y le ofrecimos una copa.

—Ustedes los jóvenes —dijo—. ¡Vaya francachelas! ¿Hasta cuándo seguirán con la juerga?

En ese momento se escuchó claramente a Vázquez, protestando por alguna cuestión futbolística, y pareció que al recién llegado le recorría una corriente eléctrica.

—Esa voz, esa voz —dijo—... Yo conocí a esa persona... Lo prometo. Hará ya treinta años.. Dios mío ... Nunca les vi más desde entonces, pero los detalles...

Me levanté de un salto:

—Vámonos.

Cruz miraba a la puerta, desde donde se derramaba el inconfundible tono gangoso de Vázquez, y todo su cuerpo revelaba la intención de acercarse, y salir de dudas. Le cogí del brazo y repetí:

—Vámonos, Cruz.

Se acercó a la puerta. Me puse a su lado. Obsequió tímidamente a los circunstantes, con un «Hasta luego», y estábamos fuera antes de que se desvaneciera el eco de su vocecilla aflautada.

Herederero del Cielo

—Hijo: ¿tiembla? —me repetía, muy cerca ya del final—, ¿lo notas temblar? Pues entonces aún no ha llegado su hora.

Y todos pensaban que hablaba de él mismo.

Mi abuelo cerró la puerta, se quitó la gorra y la bata que se ponía para trabajar, y la sacudió en un rincón antes de colgarla de un clavo, como le había visto hacer siempre. Entonces se acercó a la mesa, pero en vez de sentarse se nos quedó mirando.

Hoy sé lo que en ese momento debió de ver, pero entonces sólo se me ocurrió que, si seguía así mucho tiempo posiblemente se enfriase la sopa, y a lo mejor empezaba una de esas broncas generales que solían acabar tan mal. Y esto es lo que él vería: a su mujer, que, pequeña y todo, le devolvía la mirada; mi madre asustada, sin levantar la vista del plato; mi tío el Mayor y a mi tío el Menor mirándose de reojo entre sí; la mujer del primero con el niño pequeño en brazos, y la mujer del segundo echando ojeadas a la puerta, porque mi primo se retrasaba; y por último su cuñado, o sea el hermano de la abuela, el Torvo (todos le llamaban así, incluso ella, de modo que no debía de ser algo ofensivo).

Pero lo que él vería, creo yo, era a los cinco varones de la mesa (o, para no mentir, a los cuatro y el hueco del ausente: el pequeño no contaba), y lo que pasaría por su cabeza sería algo del estilo de: «dos pazguatos, un hijo de puta, un torvo y un chisgarabís». El hijo de puta era yo, claro, y justo en ese momento entró el chisgarabís, y su madre se levantó y le recibió con dos bofetadas. Y eso fue muy oportuno, porque rompió el encanto: todos empezamos a hablar, el abuelo se sentó por fin y mi primo se puso a la mesa con la cara muy roja pero un brillo de gusto en el fondo de los ojos. La sopa estaba muy buena. Pero el postre estaba mejor.

Lo que hacía mi abuelo se lo disputaban en todas partes; no es que no tuviera competencia: uno casi en cada pueblo, y en la capital tres o hasta cuatro. Pero ninguno era como él, y eso se sabía, y venían de muy lejos a comprarle, y cuando llegaba una fiesta, estaba tan lleno de encargos que no tenía más remedio que pedirle al Torvo que le echara una mano, y luego tenía al Mayor revolviendo un perol toda la mañana, si no tenía que ir al campo, y la abuela con cualquiera de sus nueras doblando los papelillos, porque parece que eso era lo único que una mujer podía hacer de todo el trabajo.

Así que la comida había ido estupendamente, y hasta mi madre se animó y levantaba la mirada, y a mi primo se le olvidaron las bofetadas y me envió alguna patada por debajo de la mesa. Y habíamos acabado, y le llevaban al abuelo la tisana de hierbas que él mismo se mezclaba, cuando con el primer trago le dio el ataque de tos. Todos nos quedamos parados, porque no se le pasaba, sino que se ponía cada vez más rojo, y el Torvo se levantó y le dio unas palmadas muy fuertes, yo creo que aprovechando, y fue inútil, porque cada vez tosía más, y al final le llevaron a la cama. Y entonces pude ver la mirada que se echaban el Mayor y el Menor, y la de la abuela a mi madre, y era una mirada de estar francamente asustados, todos...

De modo que, por ponernos en el caso de más necesidad, ya teníamos al Mayor revolviendo el perol, a su hermano entrando con una cesta de leña, y a mi abuelo cascando un montón de huevos que le había traído el Torvo, y separando las yemas en una palangana. Yo los había visto así en las vacaciones de Navidad, pero sólo desde la puerta, porque el abuelo no me dejaba entrar, ni tampoco a mi primo. Y entonces llegaba un momento en que levantaba la voz, se cagaba en tal, y les echaba a todos; y yo la primera vez no sabía por qué, y les vi en el comedor tomándose un vaso de vino, y el Menor repetía: «Y un día la casca, y nos vamos todos a tomar viento». Y ahí fue cuando comprendí que a lo mejor el abuelo no le quería contar a nadie su secreto.

Bueno, pues esa tarde, con el abuelo en la cama, estuvimos todos quietos como muertos, mientras llamaban al médico al pueblo de al lado, porque en el nuestro no había. Como llovía muy fuerte no nos dejaron salir, y me quedé jugando al parchís con mis primos, de un modo que no me gustaba nada, porque era el «parchís con trampa», que consiste en que puedes hacer cualquier cosa siempre y cuando nadie se dé cuenta, así que nos espiábamos los tres mutuamente y había que ser rapidísimo. Pero en un momento vi por el rabillo del ojo cómo mi primo sacaba de una toba una de las fichas que ya había metido en casa, y entonces la puse de nuevo en su sitio, y empezó la bronca. Nos dieron capones, nos encerraron a cada uno en un cuarto, a oscuras, y yo me puse muy triste, porque pensé que quedaba muy poco para que se acabaran las vacaciones y tendría que volver a casa. Y mi casa era el típico sitio donde nunca, nunca te pondrían de postre tocino de cielo.

Y al cabo de bastante tiempo, se abrió la puerta y todos dejaban de hablar. El abuelo aparecía secándose las manos y a veces decía: «Ya se está enfriando», y otras veces nada, pero hacía que sí con la cabeza, y ya se podía entrar a recoger todo. Por lo general el primero era el Torvo, y luego mis tíos, que no disimulaban las ganas de mirarlo todo. Pero ahí sólo había (yo lo pude comprobar más de una vez) el fuego de brasas ya casi apagado, el cubo con las cáscaras de los huevos, el perol del

almíbar, el saco de azúcar, la artesa de harina y los barreños pringosos, pero todas esas cosas quietas y calladas, como las de cualquier obrador de cualquier sitio, porque todos podrían ver que lo que las animaba y las convertía en algo único en el mundo era lo que sabía mi abuelo, y eso se lo llevaba él debajo de la gorra, cada vez que salía de la habitación.

Y ahí estaba también sobre la repisa de la chimenea una aguja de hacer punto. Si la cogía sin que me vieran podía chuparla, y siempre sabía bien: era como un adelanto de lo que luego vendría. Y junto a la ventana, como presidiéndolo todo aunque desde una esquina, el molde misterioso que se enfriaba. El Mayor pasaba el dedo por la tapa, lo levantaba negro de ceniza, y a veces se lo enseñaba a su hermano, como si eso significara algo.

Normalmente entonces se iba uno a comer, y sólo cuando el abuelo se levantaba de la siesta se ponía todo de nuevo en movimiento. Aparecía cargado con el molde, resollando, y lo ponía en una esquina. Su mujer le daba un último repaso al mármol y lo espolvoreaba de harina, y él, sin mirar a nadie, pasaba un cuchillo por el borde del cacharro y en un solo movimiento fuerte y preciso lo ponía boca abajo sobre la mesa. Le daba una palmada misteriosa en el culo (muy parecida a cuando te cruzabas con él por el pasillo y te soltaba, distraído, un golpecito en la cabeza). Y entonces agarraba el molde por los costados y lo levantaba despacio: se oía un sonido parecido a un «flop», un ruido como el que deben de hacer los ángeles cuando atraviesan una nube espesa, y aparecía su obra, temblando todavía un poco, pero firme y de un color milagroso. Y ya estaba todo listo para que la abuela, con un cuchillo muy largo, cortara la masa en cuadraditos, y mi madre y alguna tía prepararan los papeles. A la media hora ya estaban todos alineados en las bandejas, y uno podía confiar en que empezarán a llegar en seguida los clientes, talmente como moscas.

—¿Tiembla, hijo? ¿Lo notas temblar? —repitió hasta el final, buscándome a tientas con la mano.

Son de esas cosas que uno viene oyendo desde siempre, y que no les da ninguna importancia, pero un día te paras y lo piensas y no lo acabas de ver tan claro. Porque bien mirado, son dos palabras que no pegan ni con cola, «tocino» y «cielo».

El tocino, bueno, todo el mundo sabe qué es y sobre todo de dónde viene, porque una cosa es ver el tocino blanco, o vetado, como un bloque en la despensa, y otra es tener cerca algún corral de cerdos. Nosotros nunca tuvimos en casa, porque en realidad mi madre y yo no teníamos de nada, pero camino de la escuela podías pasar por uno (si dabas un rodeo), y allí estaban: absolutamente puercos, guarros, con una costra de barro y de su propia caca. Aunque un día vi en un No-Do una granja americana, y estaban limpios como una patena, por alguna manía de ellos. Y luego, quien ha visto una matanza no hay que contarle nada, y los chillidos del guarro parecen de un niño furioso. Pero, claro, si te toca un buen pedazo de tocino en el cocido, o en un taco de jamón, pues te vas a acordar de aquello...

O sea, que eso por un lado, y por otro pues el cielo, que tampoco voy a contar lo que es: inmenso, blanco las más de las veces, o de cubierto o de calor, y si no azul. Y dentro, yo lo vi en la Enciclopedia que estudiábamos en la escuela, como una reunión de la Virgen, Dios en persona, Santos, ángeles, y las almas de los buenos, todas iguales, vestidas de blanco. Y si no, vas al infierno, que es peor.

Y ahora hay que juntar las dos cosas, para ver lo que sale, y el «tocino de cielo» yo me lo imaginaba como si se hubiera cogido con un cuchillo inmenso, pero igual que el que usaba la abuela, y se hubiera sacado un tajo del mismísimo cielo. Y podía sentir cómo entraba el cuchillo en la masa blanca y azul, y cómo encontraba resistencia, pero no mucha, y avanzaba, y detrás de él se juntaba de nuevo, aunque no del todo, y así se hacía un cuadrado; pero sin llegar nunca, claro, a la zona donde viven los bienaventurados (que así se llaman). Y entonces se sacaba ese pedazo y se ponía en el mármol, y temblaba un poco, y parecía tocino, y sabía dulce, porque la Virgen, etc.

Otras veces yo pensaba en una especie de cerdo celeste, si es que se puede decir, o bien un cerdo que se hubiera muerto y hubiera ido al cielo, o al cielo de los suyos. Y ese cerdo estaba allí como si fuera americano, solo que mejor, y puede que su tocino, que le podías quitar sin matarle, fuera también dulce y delicioso, por la misma razón. Pero, como se ve, ninguna de las dos posibilidades estaba demasiado clara, porque hay palabras que juntas se dan como de tortas, pero por costumbre se usan y se usan, y a mí no se me ocurriría una forma mejor de llamarle que «tocino de cielo». Y nadie sabía hacerlo mejor que mi abuelo.

Cuando el médico se fue, ya al caer la noche, parecía que les había dado un pasmo a todos. La abuela lloraba flojito, saliendo de su habitación, y el Torvo fumaba en el comedor, y hasta les pasaba la petaca al Mayor y el Menor. Y lo que repetían todo el rato era «Se nos va, se nos está yendo», como si hablaran de un viaje muy despacito. Y la madre de mi primo pasó por allí con una palangana y unas toallas, y dijo con rabia: «Y el Cristo, a la vuelta de la esquina». El Cristo eran las fiestas del pueblo, y seguramente lo que estaban todos pensando es que el abuelo no podría preparar los dulces, y que no venderíamos nada. Y a partir de allí debieron caer en la cuenta de que no era ni el Cristo ni el no Cristo, sino que el abuelo se podía morir sin decirle a nadie cómo los hacía, porque se quedaron todos helados.

—Bartolomé, Bartolomé —lo intentaba el Torvo dos días después, sentándose a la cabecera del abuelo—, mira: falta poco para el Cristo, y he pensado, aquí, con tus hijos, que podíamos ponernos a hacerlo, y tú nos diriges desde la cama. ¿Quieres? Para no cansarte...

—Unos cojones —contestó el abuelo, bajito, pero muy claro—. Preparadlo todo, y mañana me lleváis al obrador, y yo me apaño —y se dio media vuelta en la cama, pero con dificultades.

A la hora de la cena, cuando el abuelo ya se había quedado dormido, se reunieron en el comedor:

—Le decimos que nos lo cuente, y se acabó —decía el Menor—; se lo ordenamos.

—¿Y si no quiere? —contestó mi tía— ¿Y si no le da la gana? ¿Y si lo hace? —y mi abuela meneaba la cabeza como diciendo: «Es muy capaz».

—Y además —levantó la cabeza, como un rayo, el Mayor—, ¿a quién se lo va a contar? ¿Eh? Tenemos que ponernos de acuerdo, y así hacemos fuerza. Si todos le decimos lo mismo, pues estará más obligado, ¿no?

—Al mayor de todos —dijo el Torvo, porque era él—, y cuando yo la palme, al siguiente: es la regla.

—Ni hablar —se levantó el Mayor, y dio una palmada en la mesa—: tú no eres de su familia. Tendrá que ir a mí, que soy el hijo más grande. Esto es una herencia.

—Que se reparta, entonces —gruñó el Menor—. Que seamos los dos.

—¡No! —chilló la abuela—, que os conozco... Acabaréis matándoos a palos. Tiene que ser uno solo.

—Y yo sé quién —todos se quedaron sorprendidos, porque la que hablaba era mi madre, y no estaban acostumbrados—; lo pensé anoche... Sólo podría ser,

está muy claro, el hijo mayor de la hija mayor —había subido la voz como nunca lo había hecho en esa casa, y me miró.

Empezaron a chillar todos al tiempo. A quien más se le oía era al Torvo, que sólo repetía: «¡Una mujer no pinta nada en esta historial, y una perdida menos». «¡Cállate, cabrón!», saltó el Menor. Pero mi madre se había levantado, y con la voz más clara, más firme, que nunca le hubiéramos oído, dijo:

—Una mujer no puede hacer el dulce, pero puede pasar el derecho a hacerlo. Me tuvo a mí la primera, y yo se lo paso a mi hijo —dijo, y se echó a llorar.

Qué lata no le darían los días siguientes, que el sábado se levantó por fin, y le llevaron en volandas a un sillón que habíamos puesto delante de la puerta del obrador. «Cuando yo os lo diga, me dejáis entrar, y acabo el trabajo. Si no, me quedo en la cama y que os den morcilla a todos». Dijeron que sí, claro.

Estábamos todos al fondo de la habitación, y él iba diciendo lo que había que hacer. Pero había un clima muy extraño, como de gran momento, porque estaba claro que o se lo decía a alguien, o la palmaba ahí mismo, o a lo mejor lo hacía él solito y se volvía a la cama como si tal cosa. Nunca podía saberse. Ahora el Torvo separaba las yemas y las echaba en un barreño:

—¿Remuevo, Bartolo? —decía.

—Espera, tráelo, que lo vea —gruñó mi abuelo, y cuando se lo puso delante se quedó callado:—. Cerdo... —dijo, muy bajito—, ¡cerdo! —repitió, congestionado—, ¡eres un cerdo, Torvo! —y decía la palabra hinchando los carrillos, y marcando mucho la c—: has metido dos engalladuras, y eso es de cerdo, y la vas a joder. La sangre no puede tocar este plato, por que se jode, y por eso las mujeres no pueden hacer nada hasta que ha cuajado. Y tu lo has jodido, cerdo. Por mí te vas a tomar viento, ya, y no pises más por aquí cerca, y olvídate de todo.

El Torvo soltó una blasfemia horrible, larga y muy complicada, que yo nunca he repetido, pero que sé como es, y salió de un portazo.

—Tú, chisgarabís —le dijo a mi primo—, llégate donde Vicente por dos docenas más de huevos, y tráelos corriendo, que no aguanto. Y tú —por el Mayor— echa en el perol dos medidas de azúcar, lo mismo de agua, un poco de limón, y ponte a hacer el almíbar. Tú, zángano —era su hijo el Menor—, trae más leña.

Miró alrededor. Le parecía natural mandar tanto.

—Y tú —me dijo a mí—, prepara el molde: úntalo con aceite, muy poquito, y échale harina al fondo.

Yo le había visto hacerlo algunas veces, así que cogí el molde, grandote y cuadrado, y le pasé un paño primero por dentro. Luego con el pincel le unté el aceite, cogí la medida de harina y lo espolvoreé por dentro. «Más», dijo él; y yo seguí

echando harina hasta que me pareció ya bien. Y entonces me paré un momento pensando qué es lo que se hacía luego, y con el pulgar empecé a apretar la harina, fuerte y bien, por todo el fondo. Terminé y vi que mi abuelo me miraba:

—Oye, chaval: ¿por qué se hace eso? —me preguntó, como si no lo supiera. Yo pensaba muy deprisa:

—Abuelo —le dije—: uno pone la harina para que no se pegue al molde. Si no está prieta, y se puede colar la pasta cuando la viertes, pues no hemos hecho nada...

Entró el Menor sudando, con la cesta de leña:

—¡Joder, qué calor hace! —y la dejó en el medio.

—Padre —gritó el Mayor—: ya está el almíbar —calló un momento— ...
creo.

El abuelo se levantó, despacio, apoyado en su bastón, hasta el fogón donde humeaba el perol. Cogió la cuchara de madera y la metió en el almíbar. Removió un poco y la levantó en el aire. Salió un hilo no muy fino, que luego se hizo gotas.

—¡Mamón! —dijo, terrible, mirándole a la cara: era casi tan alto como él—: ¿es esto un almíbar?, ¿es esto un almíbar fino? Esto ¿qué es?, ¿eh?

Y entonces se abrió la puerta, y entró mi primo corriendo con las dos docenas de huevos:

—¡Abuelo! —gritó—, ¡abuelo! Me ha dicho Don Vicente...

No sé si vio la cesta y quiso probar a saltarla, o si es que se la tragó corriendo, pero los huevos se estrellaron contra el suelo, y mi abuelo, que aún tenía la cuchara levantada, cerró los ojos, y hubo que cogerle por los hombros y llevarle al sillón, primero, y de ahí, corriendo, hasta la cama. Tiritaba de fiebre, o puede que de ira...

—¿Ha dejado de temblar? Pues ya está listo —dijo, y se calló para siempre.

Era el Cerdo celeste, y su aliento fétido formaba las estrellas: el vaho de su boca las lejanas, como polvo en la noche. El sudor de su cuerpo se escarchaba en los prados del cielo, y él hozaba, rebuscando en lo negro. Se interrumpió un

momento, y sus ojillos sabios y muy antiguos nos miraron, con amor, con interés de ausente, y temblamos. Temblamos porque es mejor que El, que es el Más Grande, no se fije en ninguno. Pero detrás de su mirada aleteaban las sombras, y un hilillo muy fino de baba se escurría de sus fauces gloriosas donde cabía un pueblo: estaba distraído, y respiramos. Levantó la cabeza y con voz ronca de ecos cristalinos declaró su contento. Removió el cuerpo con temblores lentísimos, buscando otra postura, y dejó charcos de líquido luciente debajo de su vientre, que iba arando la noche. Nosotros nos marchábamos, con el paso muy quedo en la tiniebla. Oíamos su resuello, y respirábamos. Pero entonces aclaró la Garganta y pronunció, muy bajito, mi nombre.

Yo debía haber llorado. Entró alguien en la habitación, y abrió las contraventanas. Descubrí que estaba amaneciendo, y un lucero clavaba su ojo fijo en mí, desde lo lejos. Era mi madre, y se sentó en la cama. Mi primo, en el costado, se removió para darnos la espalda.

—Pequeño, pequeñito —decía suavemente, pasándome la mano por el pelo, como si aún fuera niño—: despiértate. Hay algo que te espera. El abuelo. Te llama.

E hicimos un almíbar de hilos finísimos que brillaban a la lumbre, y separé las yemas con cuidado, dejando un huevo entero (pero jamás el gallo había cubierto a una de estas gallinas). Añadimos almíbar despacito a la pasta de yemas, para luego echar todo en el perol donde hervía el resto. Unté el molde de aceite sin hacer lagaretas, espolvoreé harina y pisé con el pulgar dejándola bien firme. El removió la pasta sobre el fuego sin llama, y me dio la cuchara: dos círculos al fondo (para que no se asiente), y uno arriba.

Con las agarraderas llevé el perol ardiente junto al molde. «Yo no puedo», me dijo, «: tú coges y lo vuelcas. Es difícil, pero debes fijarte: no despacio, porque entonces los goterones harán hueco en la harina; ni deprisa, porque la misma fuerza con que caiga desbaratará todo. Suavemente, continuo, sin pararte». Dejé el perol a un lado, y me sequé el sudor. Una de las agarraderas, quemada y pegajosa por años de trabajo, osciló y cayó al suelo. Quité también la otra. Agarré de las asas con más firmeza cuando vi que en la fuerza no abrasaban. Levanté el cacharro y, con dificultad, lo incliné sobre el molde: la pasta anaranjada discurrió despacio, como un río en un sueño, y llenó el recipiente.

Con el hierro deshicimos las brasas y formamos un lecho uniforme. Coloqué el molde encima y le puse la tapadera. Encima de ella esparcimos una palada de cenizas; luego, con las tenazas, seleccionamos brasas, y el molde quedó cubierto por una corona encendida. Entonces el abuelo se sentó en el taburete y me miró muy largo, mucho rato. Respiraba difícil, pero se fue calmando.

—Chaval —me dijo, por fin, sólo con un poquito de voz—: pon la mano en el cacharro —yo la acerqué despacio—. ¡Sin miedo!: toca en el lado.

Curvé la palma y los dedos como anticipando el contacto, y la acerqué al costado del molde. Parecía el vientre terso de algún animal grande, incluso en su resuello.

—¿Tiembra? ¿No notas como tiembra? Mientras tiemble, no está hecho.

Renovamos las brasas de la tapa, y seguía temblando. El tiempo no pasaba, porque aquello se hacía, sepultado en el fuego, y nosotros, guardianes, velábamos su suerte. Aún acerqué la mano otras dos veces, y el abuelo se reía: «No puede estar tan pronto, pero prueba si quieres...» Por fin el estertor se fue calmando, y a la siguiente vez ya no hubo nada.

—Abuelo —levanté la cabeza, con angustia—. Se ha acabado...

Levantamos la tapa y se hundió la aguja en la masa. Entraba firme y salió uniformemente pegajosa, pero no húmeda. La puse en la repisa. Habíamos terminado.

Retiré el molde, y lo puse en el suelo, junto a la ventana cerrada. Le consulté con la mirada y fui hacia la puerta. Al otro lado brillaba el mediodía, y me había olvidado. Estaban todos, y se quedaron callados de repente. Alguien que estaba sentado se levantó. Entonces busqué a mi madre con la mirada, y sólo cuando la encontré dije, como se esperaba: «Está enfriándose». Y salí de la habitación despacio, ya sin mirar a nadie, dejándoles el campo libre para que entraran y lo limpiaran todo.

La vista

No debe sorprenderte que nos hieran
los ojos simulacros invisibles,
y no obstante se vean los objetos:
[...] todas las impresiones reunidas
las sentimos obrar sobre nosotros;
son objetos que afectan nuestros cuerpos
con un choque exterior.

Lucrecio, *De rerum natura*, libro IV

Acomodado en la parte de sotavento de El Café, el periódico sin desplegar, entrecerrados los ojos a causa del brillo del sol sobre el agua (y la neblina que multiplicaba cada reflejo en una babel de partículas flotantes); ante mí, y por orden de proximidad, la taza vacía del café, el cerco de la mesa, la balaustrada de la terraza, barcas boca abajo sobre la arena, carretera, muralla de restaurantes, casas, apartamentos, muchos apartamentos encaramándose los unos sobre los hombros de los otros, demasiados, inútiles, todos vacíos, polvorientos y oliendo a cerrado porque la temporada no había empezado aún.

Me recosté un poco más sobre el respaldo y luego decididamente, dejando deslizar las nalgas hasta el borde de la silla, para reposar la nuca en el poste de madera del toldo. Las piernas, ahora demasiado fuera, pedían un apoyo suplementario, y las deposité (una, dos) sobre el asiento de enfrente, introduciendo así, con el atisbo de las punteras de los zapatos, una agradable ruptura en el tema mesa-balaustrada. El periódico, ahora definitivamente fuera de mi alcance, desperezó sus páginas en una brisa dulce. Y entonces apareció Suñer.

Las relaciones en El Café están regidas por un protocolo estricto y complejo, que uno puede tardar en dominar. Su fin es crear lo más parecido a una sociedad civilizada que se pueda encontrar en este país, y se consigue. Por ejemplo, yo habría visto en los últimos años centenares de veces a Suñer; pues bien: no le conocía en absoluto: me sería muy difícil decir a qué se dedicaba o cuáles eran sus opiniones políticas. El Café era un limbo en medio de una población de recreo, y las únicas conversaciones que se tienen en el limbo versan sobre lo que allí tiene más importancia: ¿cuándo has llegado?, y sobre todo: ¿cuánto piensas quedarte? Y luego

el tiempo, el tiempo, que en un lugar destinado en principio a bañarse y navegar, no es un vacío tema de conversación, sino *el* tema: uno puede congratularse por su bonanza, lamentar su ingratitud, vaticinar cambios o permanencias, referir previsiones leídas o presenciadas, refutarlas, esgrimir casuística que puede remontarse a años atrás, desplegar semiologías (luces, vuelos, brisas).

El tiempo (atmosférico) acaba convirtiéndose así en el tiempo (de reloj), en una rara simbiosis: la contemplación de vientos y nubes ya es un discurrir, y la conversación sobre ellos, con su infinita gama de matices, impide que afloren otros temas, necesariamente más enojosos. La calma chicha de los elementos detiene relojes y calendarios en el limbo, y El Café es su —valga lo inverso de la imagen— ojo del huracán.

—¡Hola! —me dijo— ¿Cuándo has llegado? —y se sentó a mi mesa.

Uno puede sentarse en la mesa de cualquier conocido en El Café, y como el concepto mismo de «conocido» es elástico, en la práctica uno puede sentarse prácticamente en cualquier mesa. Me incorporé, y le di la mano.

—Gafas —le contesté—, llevas gafas ahora.

Se echó a reír, quiero decir que su bigote ascendió, y exhibió los dientes.

—No: son gafas nuevas. Siempre he llevado, pero eran otras.

—Ah —dije—: no me había fijado, la verdad.

—Sí: se me rompieron, en Amsterdam, en una escala, rumbo a Camboya.

Maldita suerte. Tuve que hacerme otras a toda velocidad, y me clavarón; creo que pusieron todo lo que podían poner: polarizadas, variables según la luz, multifocales, irrompibles, con anti-reflejos. Un pastón. Se aprovecharon...

Yo estaba tratando de recordar si su actividad tenía algo que ver con Camboya, pero era inútil. A decir verdad, en ese momento no me acordaba siquiera de si se llamaba Joan o Luis. Suñer, sí, por lo menos. Si hubiera estado Rosa le habría podido preguntar eso, y otras cosas. No es que estuviera muy bien informada; la información, sencillamente, no existe en el limbo: circulan cosas, eso sí, datos, oficios, historias, fechas, pero no se sabe si son ciertas, o de dónde provienen. Rosa las atesora todas (o, sencillamente, se le quedan, y no ve motivo para borrarlas), pero son siempre de este estilo: «Creo que alguien me dijo que tiene tierras: olivos, pero en cantidad. ¿No era suya no sé qué marca de aceite?». Pero no estaba Rosa, porque ella es de las que vienen ya entrada la temporada: por los niños.

—Sí, ya —dije—... ¿Y acabas de llegar?

—Sí, ¿y tú?

—No: llevo ya dos semanas.

—¡Qué suerte! ¿Y qué tal tiempo ha hecho?

Pasaron dos italianas, posiblemente, en bañador, y levantamos la cabeza. Eran las primeras del año, y por esa razón las consideré pensativamente. Luego, cuando la gran oleada de carne, desciende el umbral del estímulo, prácticamente hasta cero (haría falta... qué se yo, para obligarte a volver la cabeza), y el estado de beatitud que ello crea confirma muy bien la impresión general de habitar en el limbo. Aunque no para todos.

Entonces me acordé del otro rasgo característico de Suñer, o quizás *el* rasgo: era un mirón, o *voyeur*, o contemplador. Quiero decir que se las comía con la mirada, que miraba —a las chicas— unos segundos (bastantes) más de lo que lo hacemos la mayoría de nosotros. Que su recorrido se centraba en determinadas partes sin mezclarlas con excursiones a otras, menos comprometidas, para disimular, como se debe. Que hacía todo eso con una expresión de concentración escalofriante. Que no dudaba en girar el cuello hasta torcérselo para seguir a una presa móvil, sin siquiera fingir que buscaba a alguien. Y recordé cómo, en esta misma mesa, o prácticamente, el verano anterior había devorado a Rosa miembro a miembro, de los pechos turgentes hasta los generosos muslos. Y yo, ahí delante.

Pero ahora, ante el tránsito ondeante de dos de sus objetivos típicos, le vi agachar la cabeza y volver a su taza. ¿Le pasaría algo?

Así habría quedado el incidente, y posiblemente nuestra relación, de no ser porque súbitamente recordé que me habían contado que, aparte de los olivos, compraba y vendía apartamentos, o que los edificaba o rehabilitaba. No me extrañó, porque aquí todo el mundo lo hace. Este pueblo está levantado sobre un negocio peculiar, la gestión de un bien escaso que, como no podía menos de ocurrir en el limbo, es también etéreo: la vista. Sí: el mar, la bahía, el faro, el frecuentado horizonte, los brillos lejanos cuando asoma el sol en medio de una tormenta, las olas de plomo, o verdes y transparentes, los escollos, las idas y venidas de los barcos, el balanceo de las boyas, las tertulias de gaviotas, todo ello, que uno obtiene sencillamente saliendo a la calle, o trepando un poco, la gente quiere tenerlo en sus balcones, dentro de casa, en el dormitorio, si puede ser. Y topografía, catastro y ordenamiento urbano se agitan en una enmarañada pugna por cada palmo de terreno, en pos de ella, de la vista. Hay frases sagradas, como «primera línea»,

«terraza sobre el mar»; hechos execrables, «subió un piso más», «le tapó la vista»; condenas sin remisión: «mira a la montaña».

Pues bien, en esa lucha cruenta por estar un poco más cerca (del mar), mirarle desde un poco más arriba, comprar, alquilar, transmitir el derecho a hacerlo, había gente que sacaba un vivir. Y, ahora que me acordaba, Suñer sí que tenía tres o cuatro apartamentos, que arrendaba. Como mi alquiler vencía en ese mayo, y la vieja me había dicho que iban a tirar la casa, la casita baja de pueblo, para hacer otra dos plantas más elevada, me propuse preguntarle en cuanto le viera.

Cuatro días más tarde volvimos a coincidir en El Café, ahora en la parte de dentro, porque soplaba levante y estaba despacible, lo que no impedía que, como todas las tardes, se hubiera congregado un grupo de niños a tirar piedras al mar. Yo jugaba al ajedrez con Peter, el australiano, y vi que Suñer se arrebujaba en su cazadora sorbiendo una cerveza, en el exterior. Golpeé en el cristal con la uña, pasó, comentamos la partida y charlamos. Ana, «el busto», estaba en la mesa de al lado, con su sueco y una francesa que no conocía, buenísimas ambas. Suñer les dirigió una mirada miope, y luego ninguna más. (¡Qué raro!, anoté en algún rincón). Por tanto, y en la lógica demente que preside la principal fuente de recursos del pueblo, yo toqué a más.

—No tiene vista, ¿sabes? Bueno: si sales al balcón y casi te rompes el cuello, al fondo ves un poco. Pero claro, por eso vale lo que vale —me había dicho Suñer—. Pásate mañana a verlo, a las doce o así: no tiene mucha luz.

A la una (las citas en el limbo son laxas, elásticas), remonté la calle indicada. Tras arrancar en la plaza, discurría paralela a la orilla, subiendo poco a poco. En una ocasión se abren sus casas apiñadas y aparece una buganvilla, un somero balconcito, el mar. El tipismo del rincón es tal que pocos turistas o visitantes se resisten a inmortalizarlo, ya con cámara fotográfica, ya con caballete y un estuche en el que se apiñan lo que parecen decenas de tubos de pasta de dientes exprimidos por un loco. A mí, sin embargo, me gustaba, y en este momento, y por obra y gracia del mes en

curso, nadie lo plasmaba, con lo que me detuve unos momentos a fumar un cigarrillo.

Me acodé en el pretil, proyectando humo al vacío, cuando noté algo molesto bajo los codos. La superficie estaba deshecha en costras de yeso y arenilla, como si de golpe fuera muy antigua. Miré alrededor, alarmado: las fachadas de las casas que formaban el pasadizo estaban descascarilladas, y el suelo mismo hecho esquirlas. Las hojas de la buganvilla parecían comidas y con un color verde grisáceo muy desagradable. Sentí un escalofrío y salí de allí al momento, mirando con sospecha la calle, el suelo y hasta el cielo.

Llegué. Suñer me enseñó con desgana el polvoriento habitáculo y musitó una cifra.

—Me lo quedo —le dije—; es una porquería: huele horrendo y no tiene vista. Es caro, sin embargo: ¿por qué no me lo rebajas?

Se encogió de hombros:

—Vale. Bueno. Me pillas deprimido, que si no —sus ojos parecían tristes, tras de las gafas nuevas—... Cuatrocientas: hasta agosto.

Salimos juntos. Yo en busca de alguien que lo limpiara. No sé por qué, porque llevábamos la misma dirección y no decía nada, retomé sus últimas palabras:

—Así que deprimido, ¿eh?

No se habla de esas cosas en las localidades de recreo, pero de entrada, o por pereza, no encontré un tema mejor.

—Sí —suspiró—. Es horrible: como si nada. Las miro, y me daría lo mismo mirar a sus abuelas. ¿Me habré hecho viejo —hizo una pausa— de golpe?

Me desperté de mi primera noche en el apartamento en una mañana color ceniza. Estaba soñando que yo mismo era el mar, o alguien muy grande sumergido en el mar, y las piedras que lanzaban los niños me caían en los ojos, como por el interior de un pozo.

Una diminuta pala excavadora sobre ruedas de oruga remontaba la calle con estrépito. Poco después me tuve que echar a un lado para dejar pasar a un container que venía en dirección contraria. Se detuvo porque un camión hormigonera ocupaba la diminuta placita. Los operarios, con acento meridional, dejaron sus aparatos trepidando alegremente en el vacío, y se pusieron a discutir la maniobra. Canción de cada mañana: la verdad es que por todo el pueblo se extendía una irrefrenable oleada

de construcción: uno levantaba la mirada y casi veía aparecer una nueva terraza donde antes se veía un cuadrado de cielo.

Se me antojó pasar a comprar el periódico. El diario alemán que compraba de tarde en tarde aún no había llegado, de forma que pedí el periódico local, editado en la capital de la comarca. Hacía tiempo que lo había decidido: o las fusiones bancarias de Hong Kong, o las noticias sobre reses atropelladas en las cunetas circundantes, pero no términos medios. De salida, un quiebro para evitar un perro atado a la verja me hizo casi chocar con el expositor de postales. Así el tambaleante artefacto, y las miré, casi por primera vez. O imágenes de nuestra pintoresca población (vi tres o cuatro del balconcito con su buganvilla, barcas en la playa), o postales eróticas de un contenido claro y directo, como para holandeses: dos pechos rollizos ocupando toda la postal, en posición apaisada, una pila inverosímil de culos desnudos, con arena pegada (estos en vertical). Curiosa costumbre, esa de mandar por correo a amigos y conocidos momentos helados de nuestra contemplación. Y entonces reparé en que no constituían sino otra variante de la principal industria del pueblo: exportación de vista.

Aquella tarde también fui a El Café: ¿dónde si no? Pero siempre se pueden introducir variaciones. Por ejemplo: desdeñando la carretera, y a riesgo de ensuciarme los zapatos (que había abrigado cuidadosamente), llegué a través de la playa. El barco de turistas que va y viene al otro lado ya había inaugurado sus recorridos, y ahora la sirena vibraba en el aire llamando a los rezagados. Éstos se apresuraban a tomar las últimas fotos, junto a las barcas. «¿Cuántas veces las habrán fotografiado?», me descubrí pensando: «Las van a gastar...».

Efectivamente. Abrí la curva que me conducía hacia mi destino para pasar al lado de una de las barcas. Rocé con un dedo y con repugnancia la madera grisácea, pulverulenta, desescamada, sin detenerme.

En la terraza estuve dejando vagar la vista perezosamente, porque no había nadie conocido, mientras sorbía un café tibio. Los niños tiraban, como siempre, piedras al mar: a veces por conseguir una serie pasmosa de saltos sobre el agua, y a

veces porque sí, por hacer ruido, por provocar un chapuzón, por llegar más lejos, o a ver qué pasaba. Pensé un poco sobre eso, y de golpe me entraron muchas ganas de bajar, yo también, y tirar alguna. Me contuve, porque el impulso era muy fuerte, y tampoco era plan, a mis años, bajar y empezar.

Respiré hondo: el mar seguía depositando cantos rodados a golpe de ola sobre la playa fatigada, y los niños seguían devolviéndole piedra tras piedra. Entonces todo me pareció lógico, e incluso benéfico: el impulso irrefrenable que hacía que los más jóvenes cerrasen su mano sobre la fría materia y no descansaran hasta no arrojarla al océano tenía su sentido cósmico: restituir el orden primigenio. Imaginé al primero de los primates que llegó al mar, probó el agua salada con una mueca, y pensativamente lanzó una piedra al mar. Lo que me llevó, sin transición, a meditar con alarma sobre aquellas cosas que sufren el deterioro del tiempo, sin nadie que las eche una mano para volver a su ser anterior.

Justo a propósito para apartarme de pensamientos tan tristes, llego Suñer, y además con una sonrisa radiante.

—¿A que no sabes qué me pasaba? —me espetó.

—¿De qué? —le dije.

Pasó Ana, nos saludó, y Suñer la siguió con una mirada satisfecha. Se volvió a mí, de nuevo, y se detuvo unos segundos, para recuperar el hilo.

—¡Tengo gafas nuevas! —declaró, como en un suspiro.

—¡Ah, ya! No me había dado cuenta, perdona...

—No: no tienes ni idea. No sé si eso puede pasar, pero las otras, las de Amsterdam, me cortaban el rollo, de verdad. Ahora, mira...

Pasaba de vuelta Ana, ahora con su amiga francesa.

—¡Adiós, adiós! —exclamó Suñer, en voz un poco más alta de lo necesario; y a mí:— ¿Lo ves?

—¿Quieres decir...? —balbuceé.

—Sí: esos malditos cristales polarizados, o lo que fuera. No dejaban entrar lo más interesante: el gusto, vamos... Suerte que se me rompieron al bajar de la barca en...

—¿Quieres decir —interrumpí— que no te dejaban ver a las chicas?

—No —prosiguió con paciencia—: que no me dejaban *disfrutarlas*.

Volví por la playa, pasé de largo por las barcas que se alineaban en el muelle como caballos en el establo y luego remonté la calle hacia mi apartamento. Al pasar por la callejuela y el balconcito me paré un momento. La luz de la luna prestaba reflejos cárdenos a las piedras gastadas, al pretil poroso y ceniciento. Y entonces lo comprendí todo: las cámaras fotográficas se llevaban, succionaban —podría decir— átomo a átomo fragmentos del rincón típico con su ávido diafragma. Y así día tras día, año tras año. Recordé la madera grisácea de las expuestas barcas. Luego me vinieron a la mente las atroces enfermedades que sufren las modelos, acribilladas a fogonazos en las pasarelas, y que intentan combatir con desenfreno y drogas. O los últimos años de personajes públicos, gafas negras, bufanda hasta las orejas, o bien porque presentían o porque ya *sabían*.

Y por supuesto, si todo eso era posible —¡y yo lo estaba viendo!—, ¿por qué no pensar que la excitación sexual la provocan corpúsculos que despiden determinados cuerpos, determinadas zonas de los cuerpos, y penetran por los ojos hasta el cerebro? Recordé las muertes súbitas en los *peep-shows*, cuyas pantallas de vidrio vomitan una concentración que algunos no pueden sobrellevar. ¡Sómos humanos! Pero el pobre Suñer había topado con uno de los pocos materiales opacos a estos notables emisarios...

Reich decía que el orgón era azul. Es muy posible. A mi alrededor el mundo se desmorona, y nadie hace nada. Camino ahora con sospecha: miro a mi alrededor por advertir si alguien me fotografía por azar. Puede que lo hagan de lejos, pero eso, seguro, es mucho menos dañino.

A Rosa no la miro, aunque ella no parece darse cuenta. Suñer no se recata de hacerlo, como compruebo cuando coincidimos los tres alguna rara vez en El Café. Entonces me levanto, me acerco a la orilla y arrojo una piedra al agua antes de volver a casa.

Vivía feliz en un mundo pasivo sobre el que mi mirada resbalaba como un pincel finísimo y ahora, de golpe, soy consciente de la constante danza de corpúsculos que emanan de las cosas. En el aire vibrátil se libran batallas a muerte y, cualquier día, de las glándulas de una joven —esas plantas productoras de corpúsculos azules que albergan sus caderas, sus pechos, sus ojos—, surgirá una descarga que me herirá por mucho tiempo.

Una observación de Kratzer

Esta es la historia de Nicolás Kratzer, astrónomo, cuyo retrato pintó Holbein el Viejo, dibujó Anastasi, y se estampó muchas veces grabado por Dequevauvillers, siempre bajo la misma representación: barbilla saliente, ojos entrecerrados, como de quien está más hecho a la noche, leve rictus en los labios, mano izquierda sujetando el icosaedro de las declinaciones celestes, que él mismo inventó, la diestra con un compás; sobre la mesa regla, tijeras, plomada y un papel con tres líneas escritas que el cuadro sólo esboza, y el dibujo reconstruyó con mejor fortuna, pero la estampación degradada hasta lo ilegible.

Las paredes del fondo del retrato, iluminada una y en claroscuro otra, muestran más objetos: compases de gran tamaño, un sextante primitivo, y algunos otros instrumentos cuyo uso ignoro, pero que tampoco descarto que Holbein se inventara y luego representara minuciosamente, para llenar un ángulo, o porque la curva de la gorra del astrónomo necesitara un contrapunto convexo y en otra dirección.

Por razones que no vienen al caso, conozco bien un episodio de la vida de Kratzer, que por iluminador y necesario bien podría erigirse en emblema del resto de ella. No sé exactamente si ocurrió antes o después de la confección del cuadro, pero me gustaría situarlo justo en su centro; por ejemplo, entre dos sesiones de las que el astrónomo posó en su gabinete. A diferencia de los modernos daguerrotipos o pinturas a la plata, de realización instantánea, los cuadros tienen espesor, y dentro del que trazó Holbein bien pudo haberlo que sigue.

—Los cuerpos celestes, aun para quienes no ven en ellos dioses ni augurios, son causa de admiración —decía el pintor, que retocaba con el clarión—. ¿No es el círculo de la luna llena (o el del sol, pero que nadie puede ver sino una sola vez) la única circunferencia perfecta de la naturaleza? La onda de la piedra en un estanque, el centro preciso de una flor son menos puros.

—¡Qué visión de artista! —rió Kratzer, y se espantó una mosca de la frente —... Y sin embargo, ambos círculos, fijos, encierran caras burlonas: la vieja de Selene, y el rostro malhumorado del Sol. No es en el mundo, ni siquiera en los astros, sino en las matemáticas donde están las formas perfectas que soñáis.

Como entrara ya Hendrickje a anunciar el almuerzo con su voz quebradiza, guardó el pintor los pinceles y se despidió, quedando citados para el día siguiente. Era Kratzer delgado, de mediana estatura, labios finos y temperamento flemático. La marea de la carne, que no olvida a nadie, le sorprendió una tarde calurosa trazando una carta de altitudes, y le arrastró al aposento de la criada: Hendrickje sesteaba, con las piernas desnudas, y le recibió bien. Luego Kratzer le compró un traje, y tuvo de ella dos hijos, que murieron de fiebre. Comieron, pues, ambos en la

sala, como tenían por costumbre desde hacía años, y hablaron del retrato, que primero era una sombra, y ahora cogía carne. Volvió luego él a su gabinete, a completar unos cálculos antes de la noche.

Las constelaciones del verano destacaban lechosas entre la red de calles oscuras de la ciudad. Kratzer salió a las afueras con el farol de vidrios coloreados en rojo que le permitía hacer anotaciones sin quedar cegado por su luz, y que le daba apariencia de luciérnaga, contemplado desde lejos. Era casi el equinoccio, y el campo recibía la visita alegre de las parejas, aunque Kratzer no reparó en ello, porque cerca del Cisne brillaba Júpiter como una joya, y cinco grados más abajo Marte relucía como un ascua. No era una conjunción, en sentido estricto, pero el astrónomo sintió la cercanía de las moles heladas, gravitando sobre el horizonte.

Había pensado montar sus instrumentos y observar la atracción de las estrellas fugaces, sobre las que tenía un precioso cuaderno de anotaciones, pero se sorprendió meditando sobre la fuerza de los astros deslizándose en la negrura. Atados por fuerzas precisas, y sin embargo imperfectos, como él bien sabía, ¿qué les daba, sin embargo, la belleza, la elegancia de recorridos y curvas con que se movían por el cielo? Tan profundamente descreído como sólo puede ser aquel que se asoma, noche tras noche, al desierto celeste, Kratzer no podía pensar en la deidad bondadosa que traza con mano de oro signos de hermosura.

Abstraído en el lento giro de la bóveda, ni siquiera reparó en el ruido de carrera y aliento sofocado, hasta tenerlo al lado. Saliendo del bosquecillo próximo, en huida, o jugando a ser buscada, una joven desnuda apareció en el claro. Incluso antes de verle detuvo su carrera y sus pechos blanquísimos subían y bajaban en la respiración ansiosa y silente. Giró hacia sus espaldas, por ver si era seguida, y la torsión de las piernas, rematadas en la doble hendidura, provocó una tensión en el aire que amenazaba descargas. Se volvió, más tranquila, y entonces descubrió al astrónomo, inmenso, con su traje de noche y la carta inservible, debajo de los astros, iluminado en rojo, y mirándola. ¿Vería la muchacha que los ojos del hombre no se habían clavado en su triángulo negro sino que recorrían el cuello, los hombros, apreciaban los contornos, y calibraban las curvas con saber de guarismos? No hurtó las vergüenzas con sus brazos: se detuvo un instante, giró sobre sí misma, y se alejó corriendo.

—Estáis bien pensativo —le dijo Holbein, la mañana siguiente—. Hoy trabajaré en el rostro, y si no cambiáis de pensamientos quienes vean mi obra os tomarán por persona melancólica. Ved: los pigmentos, desleídos en aceite, impregnarán el lienzo dejando la huella de vuestra tristeza, y esto, mañana seco, y luego recubierto de barniz, durará largos años.

Kratzer se echó a reír, y contestó:

—Hacedlo, si queréis: anoche he descubierto que la belleza de la gran maquinaria de los cielos es la misma que la de cualquiera de las criaturas. El seno de una joven y la elipse precisa de un cometa: ¿quién toma a quién la gloria? O los dos, ¿de qué fuente?

Hendrickje entraba con un búcaro lleno, y ambos callaron por un momento. Torpe por el reuma, se acercó despacio a la chimenea, y colocó en el centro el recipiente. Cubrió a los dos, pintor y retratado, en una ojeada cálida, y salió, silenciosa.

—O, al menos, es que ellos no envejecen, los planetas, los astros. Por eso nos cautivan —siguió Kratzer, como para sí mismo—. Y su gloria perenne se refleja en lo bello de aquí abajo: pero es una, y la misma, materia en ambos casos... La gloria de las formas... —y calló, sin acabar la frase. El pintor, abstraído en un lugar difícil, no supo contestarle.

El cuadro fue acabado, y el astrónomo Kratzer, descubridor de muchas cosas, que había vislumbrado la unidad del mundo, para luego perderla con matices, murió pocos meses después. Tenía treinta y cuatro años.

El ciervo herido

El verano anterior los trigos de media península habían caído bajo nuestra mano. Pero yo estaba solo.

También acarreamos montañas de estiércol, abrimos pozos, trazamos surcos hasta el horizonte, y la semilla pudo brotar, dichosa. A nuestro paso los yermos se transformaban en vergeles, y el sudor de los hombres obtenía una pequeña tregua. Aquel año, en definitiva, vendimos más máquinas que nunca.

Benito y yo nos repartíamos la zona III, Aragón y Cataluña, y durante semanas y semanas sólo nos hablábamos a través de Adela, la telefonista de nuestra delegación en Tarazona, a donde reportábamos diariamente.

—Que dice Benito —oí un día— que le llame a Figueras, al hotel Pení, mañana a las once de la noche sin falta. Es urgente.

—¡Hola, hermoso! —me cogió a la primera llamada, como si me hubiera estado esperando—. Me tienes que hacer un favor; de verdad. El jueves estás en Sabiñánigo, ¿no? Date un desvío de doscientos kilómetros y visítame E***, por favor: tengo un ligue en Zaragoza, y necesito tres días: viernes, sábado y domingo. Sólo hay que visitar a dos clientes, pero tengo una cosechadora vendida, seguro; ahí vamos «a pajaritos», ¿quieres?

Me hice un poco de rogar, pero me daba igual ir a E*** que a cualquier otro sitio: el viernes podía pasármelo conduciendo; y en cuanto a rezar... podía rezar donde quisiera, si es que volvía a hacerlo.

Remontaba ya una hermosa carretera que se pegaba a la ladera sur de los Pirineos, con temor de desprenderse y caer a la llanura. Pasé un indicador, con un nombre que me resonó dentro. «Por los puertos de Ansó y Hecho», recordé

automáticamente, «alcanza la raya Huesca, / sigue el paso de Canfranc, / Gavarní y puerto de Bielsa».

Paré cerca de la cumbre, en un ensanche del diminuto camino, para mirar el panorama, pero no pude hacerlo. En el esfuerzo definitivo por alcanzar la cima, el ingeniero había decidido hendir un horrendo peñasco, dejando al descubierto las nervaduras pétreas. Me atrajeron más que la llanura, porque vi los estratos ordenadamente dispuestos, los bloques regulares que se extendían entre ellos, y más allá un elegante pliegue cerrándose sobre sí mismo. Hierbas despistadas brotaban de bandas muy concretas del corte, despreciando, con sabiduría de *connaisseurs*, otras próximas y aparentemente más nutritivas. «Oh, Señor, Señor», llamé hacia dentro, «Tú sabrías por qué». Y por respuesta me llegó con fuerza el silencio de la cumbre.

—Ferrer, el de «Repuestos Idem»: saludo, te cuenta lo de su hija, no quiere nada, pero le dejas dos catálogos nuevos (uno para su cuñado). Puedes invitarle o no a una caña: da lo mismo —me había instruido Benito en cuanto acepté—. Faxó: mucho ojo: ahí te juegas el tercio de la cosechadora (y yo más). Dirá que sí, te firma la pre-compra, pero ya no le dejas hasta que se acueste: si te invita al club Marilyn, tú le sigues; si te paga la chica, tú adentro, luego harás lo que quieras, rezáis el rosario juntos, por ejemplo. Fontes... Podrías ver a Fontes también: éste, si le entras bien, te lo follas. Seguro. El resto, a tu aire.

La villa de E*** se extiende en medio de una llanura fértil, que baña el Reguera y, los años de lluvia, un brazo del Espet. Desde lejos vi las chimeneas de la fábrica, un edificio de principios de siglo que tenía ahora una actividad mortecina. Hacían tejas, hilaturas, o puede que muebles. Tras tres años de viajante de abonos por el Delta, confiaba en no tener problemas con el catalán.

Ferrer lo hablaba cerrado, pero a mi segundo desconcierto se pasó al castellano sin rebozo: lo que quería era, efectivamente, contarme lo de su hija.

—...Y coño, claro, entonces, ¿qué iba a hacer yo? Usted: ¿qué habría hecho?

Le miré dentro de los ojos:

—Lo mismo —hice una pausa—. Tenga, aquí, dos catálogos: uno para su cuñado.

Me dio una palmada fuerte:

—Es usted bueno, mejor que el tarambana de..., claro que él es mas joven. Lo que yo digo: si uno no aprende...

Rumbo hacia Faxó, pasé por una tienda de materiales, de la que no me había dicho nada mi compañero. En el escaparate unas poleas de goma se fosilizaban con todo el tiempo por delante, y el pliegue casual de su colocación primera, hacía años, se había convertido en su forma propia. A la derecha un engranaje polvoriento servía de respaldo a un juego de rodamientos a bolas, colocados de mayor a menor con meticulosidad de maniaco. En una esquina se ajaban, indiferentes, adornos de alguna Navidad, y una bola plateada concentraba, por prodigio de la óptica, todo el cielo, la calle, el marco deforme del escaparate, y una figura oblonga rematada por canas: yo mismo. Me encogí de hombros y entré.

La oscuridad interior quedaba violentamente rota por un tubo de neón que derramaba una luz fría sobre la mujer con el pelo tirante hacia la nuca, detrás del mostrador.

—Buenas —saludé, cordial, tendiéndole un catálogo— soy... —no me dejó decirlo:

—¡Fermín!: ¡un Ciervo nuevo!

Tembló un poco mi mano con la efigie (era cierto) del animal astado, emblema de mi empresa, grabado en el papel. «Fermín» ya emergía de la trampilla del sótano, como una mala hierba.

—¡Hombre! ¿Y el otro? ¿Ahora mandan a uno nuevo? Pues déjeme decirle, también, dónde puede meterse, hecho un rollito, toda su propaganda. ¿Sabe cuántos problemas tuve con una de sus bombas? Estando en garantía, once reparaciones. Y en cuanto acabó el año... Como me dijo ella: mándale a tomar por culo, y a todos ellos, para siempre jamás.

Salí temblando un poco, pero pronto me repuse. La maquinaria, pensaba, era mi medio de vida: yo no la hacía, yo no estaba ni siquiera dentro de ella: ¿cómo habría de afectarme? Un lejano departamento de producción había hecho lo que les mandaban, lo mejor que podían, y un obrero dormido, un viernes por la tarde, habría soldado mal un rabito. Nada más.

Pero todo esto eran razonamientos lógicos, y por tanto imprecisos, vanos, cuando hacía poco tiempo me habría bastado una plegaria muda de auxilio, y habría quedado tranquilo. Curioso, pensé mientras corría a protegerme del crudo sol a la sombra de la iglesia, que me hubiera ocurrido de pronto como si se hubiera apagado algo para siempre. O como una casa que uno visita de continuo, y en la que es bien recibido, de golpe descubierta inhabitada, y con signos de haberlo estado desde hace mucho tiempo.

La sombra de la torre octogonal de la iglesia extendía ante mí una alfombra de frescor, que seguí como la opción más agradable, y eso me llevó inevitablemente

al porche y luego hasta la puerta. Miré descuidadamente unos carteles, anuncio de algún acto, clavados con chinchetas: ójala los hubiera leído con cuidado. Pero del interior brotaba un aire helado, y decidí probarlo.

Antes, cuando entraba en la iglesia lo hacía sin un especial sentido, como tal vez el amante de las monedas antiguas puede entrar a un concierto: para ver en el arrobo de los gustos ajenos un eco de los propios. Veía muy curioso que les hiciera falta un sitio concreto, ¡y estar juntos!, y aún más ridículo, el concurso de un tercero, para dar parte a Dios de sus angustias. Y ahora iba a entrar en una como buscando apoyo.

Bien previsible, al fin y al cabo, a las doce de la mañana en la industriosa villa de E***, la iglesia estaba vacía, inundada por los peculiares ecos e inconfundible aroma de este tipo de establecimientos. Desnuda, mostraba a regañadientes (como para no ser acusada de iconoclastia o protestantismo) una imagen de la Virgen en un rincón, un santo más allá. No era un sitio habitado por la devoción, sino por la limpieza, como un expediente que los naturales supieran que no tenían más remedio que cumplir. Tal vez, recuerdo que pensé, dirigieran sus fuerzas hacia otra parte...

A punto de dar media vuelta e irme, un cura anciano cerraba con esfuerzos una puerta pequeña, daba varias vueltas de llave, y salió mirando a través de mí, como si fuera transparente. ¿Ya?, ¿tan pronto?, pensé, con un escalofrío.

Faxó se había ido a comer cuando llegué a la tienda de su mujer (me lo dijo su hijo, un mocetón no mal parecido): estaba en su casa, al otro lado del pueblo. ¿Podría volver a las seis? Calculé mentalmente: el almuerzo, la siesta.

Volví al coche, saqué mi pequeña cartera y me acerqué a la fonda. A los cinco minutos una chica agradable me conducía a una habitación blanca con las contraventanas entornadas que velaban la entrada del sol violento. La cama tersa me invitó desde un principio, y cambié de idea. Cerré la puerta tras ella, con un vislumbre de sus nalgas menudas avanzando por el corredor. Extendí el periódico a los pies, me tumbé sin quitarme los zapatos, y con dos respiraciones profundas me sumergí en la paz y en un sentimiento nuevo de esperanza.

Faxó ya me esperaba cuando llegué a la tienda, pero pronto me di cuenta de que no iba a comprar nada, por lo menos a mí. La venta es un fenómeno curioso, en el que con frecuencia lo que menos tiene que ver es la necesidad del comprador, y que la mercancía esté disponible. Faxó quería, con toda claridad, comprarle algo a

Benito, y su repentino desinterés por la cosechadora era una reacción de amante desdeñado.

—En mayo ya suben —le dije, en un último intento—, y no nos diga nada. Benito sentirá que no quiera.

Faxó cabeceaba, cazurro, y eso me liberó de mis preocupaciones:

—¡Está bien! De todas formas no voy a perder el tiempo: ¿le hace un cuba-libre?

Lo tomó de whisky segoviano, como suelen hacer, y yo le acompañé con uno más ligero: en ciertos momentos no puedes excederte. En el pub Hakeldama sólo había un camarero serio, con el pelo muy largo, y nosotros en la barra.

—¿Así que en Zaragoza, eh? ¿Y cómo está? Seguro que buenísima. Están buenas las mañas. Ahora, que buenas, bue-nas...

Dejó la frase en el aire, significativamente. Yo le había contado el motivo de la sustitución de mi compañero, para crear complicidades, pero al parecer sólo le había despertado su libido.

—... Buenas, buenas, lo que se dice buenas, pues qué voy a decirle, por aquí muchas no hay. Pero planes, si quiere uno un plan... A mi edad (y eso puede que le sorprenda), los planes no me faltan... Eso sí, pagando —tomo aliento, y agotó el segundo vaso—. ¿Por qué no se viene esta noche? Al Marilyn, a dos kilómetros y medio, llegando casi a F***. Le espero allí a las nueve. ¿Vale? ¡Niño!: dos más.

Como estaba previsto, dije en seguida que sí: no todo estaba perdido. En el oficio nuestro, la parte más lucida del sueldo son las comisiones; descúdate un poco, y te verás ganando lo que un peón de albañil, o un maestro de escuela. Levanté el vaso:

—Por la mismísima Marilyn... Aunque sea pagando —y el ataque de risa le pilló a medio trago, y aparte de regarme pude haberme encontrado con un cliente asfixiado, y la noche nunca me habría dado el regalo que tuve.

El Club Marilyn era visible casi desde un kilómetro antes, porque en la llanura destacaba como un ascua de luz. Era realmente pequeñito, visto por fuera, y los dos o tres camiones que se alineaban en la explanada parecían más grandes que el local. Luego dentro no: sobraba sitio para la barra y, a la derecha de la puerta y cubierto por ella al abrirse, el mostradorcillo del encargado, fumando sin parar y con la descomunal porra de madera colgando del antebrazo. Todavía más: al fondo de la

sala una puertecilla, que sin duda debía conducir a un ambiente más íntimo y recogido.

No había llegado aún Faxó, y eso me puso todavía más violento, pero desde una esquina me hacía gestos Fontes (a quien había visitado por fin al caer la tarde, con resultados nulos). Me senté a su lado en la barra, y pedí una cerveza sin levantar la vista del suelo.

—No crea —me dijo—, éste está bien, pero el mejor es el Club Kennedy, en La Almunia de Doña Godina. Allí hay unas... —e hizo gestos de admiración con los ojos, boca, tremolar de manos y agitación general— Pero éste no está mal. Aún no ha venido Paquita, ni Pepa: empiezan a las nueve.

Di unos sorbos, y me atreví a levantar la mirada: inundado todo en luz roja, un rojo fuerte que acrecentaba la sensualidad de la carne hasta convertirla directamente en una pulpa sanguinolenta, las chicas se desplegaban a un lado y otro de la barra (como en una ficticia división del trabajo: las que beben y las que sirven), pero todas sentadas en altísimos taburetes que contribuían, con las faldas cortas y de hendiduras extremadas, a desvelar detalles que uno tal vez habría querido no llegar a conocer. El ambiente, tenso y espeso, se podía cortar con un cuchillo.

La puerta de entrada se abría constantemente.

—Es viernes. Vendrán muchos, aunque sea la víspera. ¡Mire!: ya está aquí su hombre.

—Insisto: un regalo de amigo —farfullaba Faxó—: esto te lo pago yo, porque sí, porque eres un tío cojonudo, y porque no te vas de E*** así como así.

—Bueno —dije yo—. Vale. Vamos...

Paquita me cogió de la mano (una mano —la suya— tibia y sudada), y atravesamos la sala llena de gritos, pellizcos y peticiones de bebida. Sonaron dos vueltas de llave, rechinó una puerta y me inundó el olor de cerveza. Algo se cerró a mis espaldas y me tuve que adaptar a un nivel aún menor de luz.

A un lado y otro se alzaban pilas de cajas de bebidas que apenas dejaban sitio a un catre con una manta. El almacén-reservado era una digna continuación del bar. Carraspeé, sin mirarla.

—Sácatela.

Tragué saliva:

—Mira, Paqui. No quiero hacer nada, de verdad. No estoy bien. Estamos un rato, y luego salimos. Gracias. Eres una tía maja. ¿De dónde eres?

—¿Te la sacas, o te la saco yo?

Se había sentado en el borde del lecho, con las piernas cruzadas. Se humedecía los labios con la lengua, y apagaba el cigarrillo en el suelo, como disponiéndose. Entonces me miró por primera vez a los ojos, y algo me hizo «clic». Pensé: «¿Por qué no?» Pensé: «No Te oigo». Y ya no pensé más.

Volví a la barra, y fui recibido con golpes y codazos, pero no entendí nada. Pedí un cigarrillo, aunque no fumo, y un vaso de whisky. Luego invité a todo el grupo, al que se había unido el mismísimo Fermín, que me miraba con sospecha profesional de enemigo de los Ciervos. Me encontré hablando con el camarero de pelos largos, que acababa de cerrar el Hakeldama, y venía por la última copa. A diferencia de sus compañeros, no clavaba ansioso la vista en las chicas, y creí ver en sus ojos el mismo deseo de no hacer uso de la impunidad que me había retenido a mí. No hablamos de eso, por un pudor comprensible, pero en un momento dijo:

—Conocí a una, hace tiempo. Y ella era una persona —hizo una pausa—. Puedes llamarme Joan.

—Tienes suerte —le dije, en un susurro—. Yo me he quedado solo. En todos los sentidos...

Luego nos separaron, y un Faxó atropellado insistía en devolverme la ronda, y a esa siguieron otras.

Casi ahogado por el humo y la opresión en el pecho, habría dado cualquier cosa por tener un respiro: «¡Al Kennedy!», grité, y lo celebraron mucho. Me encontré embutido en el asiento trasero de mi propio coche, entre dos vociferantes. Joan me había dicho, como una cosa hecha: «Me hago cargo de todo. Tú no puedes llevarlo, y yo sin embargo sí». Conducía de una forma suicida, y todos le gritaban:

—Joan, no te pegues la torta, que trabajas mañana —y por alguna razón parecían preocupados por ese hecho.

El contestaba, sereno:

—«Me cuido de mí mismo» —como una frase plena de significado, y todos la reían.

Yo estaba extrañamente tranquilo (teniendo en cuenta que era mi coche), lúcido y percibiente. Incluso me di cuenta de que había ganado. Aproveché una parada ante un paso a nivel: un largo tren de mercancías a toda velocidad descargaba sobre nosotros bofetadas de aire a intervalos regulares (y cada una de ellas nos permitía vislumbrar la luna naciente al otro lado). Le dije a Faxó, que me hincaba un codo por la derecha:

—Si quieres, la firmas: la llevo aquí encima.

Me miró seriamente:

—Eres un tío bien grande. La Paqui me lo dijo. Benito no te llega ni a.... Ya iba yo a pedírtelo.

Saqué el documento de compra y le pasé el bolígrafo; vi como firmaba trabajosamente sobre su rodilla, justo a tiempo de que pasara el último vagón. Le retiré ambas cosas, y el coche retomó su carrera veloz, con más ansias, como para recuperar el tiempo perdido.

Paramos en varios sitios, con chicas y sin ellas: alguna taberna rural en que ponían videos pornográficos en el televisor para un público ceñudo y envuelto en humo; bares de carretera habitados por viajeros solitarios que sorbían cafés dobles en el último esfuerzo por mantener la vida; otro club de nombre americano, a donde se habían apresurado a llevar a las mismas chicas que habíamos dejado en el anterior. Y luego, cuando en el horizonte más que verse se presentía la claridad del día, una cafetería del pueblo que acababa de levantar los cierres, y cuya máquina de café «aún no tenía presión» según el camarero despeinado: «No importa», dijimos casi a coro; y se alinearon los vasos.

Al salir a la calle, sin ponernos de acuerdo echamos a andar en dirección a la aurora, alejándonos del coche por una calle empinada que acababa en un resplandor rosa. Arriba, fumábamos en silencio, mientras asistíamos a la batalla primordial cuyo resultado creíamos ya conocer.

Desde el principio de la noche era ya distinto, pero hacía unos minutos Joan había empezado a crecerse, y sus compañeros se apiñaban en un grupito, a cierta distancia. Yo, entre uno y otros, sentí que el aumento de luz se convertía en un torrente de angustia. Miré a mi derecha, y luego a la izquierda: erguía su perfil perfecto, y la larga melena había adoptado los destellos del día.

—¿Qué puedo; qué podría hacer? —me escuché preguntarle.

Joan me miró lentamente:

—No te dejaré nunca. Me iré, y volveré luego para ya no irme —me dio la espalda, como a todos, y descendió la cuesta. No pude contenerme:

—¿Quién es?, ¿qué es este hombre? —me encaré con Faxó, que se obstinaba en mirar al suelo.

—El Deu —contestó—: Dios. Creí que lo sabías.

Mientras ponía las cosas en el coche me rodeaban las turbas de Israel, portando ramos de olivo. Corrían algunos soldados romanos hacia su destino, y un Sumo Sacerdote pasó recogiendo su túnica para librarla del polvo.

Y mientras atravesaba por última vez las calles desiertas, la industriosa villa de E*** se preparaba un año más para representar su Pasión.

El espía geográfico

Mi historia trata de un *pandhit*, de uno de esos esforzados miembros del cuerpo que creó el coronel Stonewall en la India, para cartografiar el inmenso territorio enemigo que les rodeaba.

Disfrazados de monjes, con la túnica azafranada sobre el cuerpo, y el grado de suboficial de la Reina en el corazón, nada era lo que parecía. El rosario escondía un ábaco, y el puño del bastón un sextante simplificado. Lo que bisbiseaban constantemente no eran oraciones, sino cifras. Y a nuestro *pandhit* le encomendaron cartografiar el Tibet.

Con el paso medido y uniforme que era la clave de todo, subió y bajó las montañas del Nepal, vadeó ríos, se unió a mercaderes, fue raptado por bandidos y cuando se escapó, desanduvo el camino en un rodeo que le habría permitido llegar de Bristol a Edimburgo.

Con el murmullo en los labios resolvió pasos en millas, las millas en docenas de millas, y las docenas en gruesas, que marcaba con guijarros en un pliegue de la túnica. ¡Un hombre descalzo para medir una extensión gigantesca, cuando la ortodoxia agrimensora exigía lentas cabalgaduras que arrastraban una rueda de dos metros de diámetro!

El viaje duró tres años. Volvió, dibujó un mapa con una precisión que hoy sabemos asombrosa, y se retiró con honores a los cincuenta años. Vivió mucho, conoció a sus nietos y hasta el final se puso el uniforme del ejército británico los días de fiesta. En su vida plácida rodeado de los suyos, podríamos preguntarnos qué le quedó de su aventura, de no ser porque nos ha llegado (a través de las memorias de Stonewall, *Veranos del Panjub*) el sobrenombre con el que fue conocido el resto de sus días. Traducido de su dialecto local viene a ser: «el que murmura cuando camina».

Eh tú, León

(carta lenta)

«Salimos, y alguien propuso ir a un baile en el VII^c. Nos repartimos entre los coches, y yo me las apañé para sentarme en la parte de atrás de un inverosímil Peugeot al lado de la mujer de mi amigo, esa deliciosa morenita. Mi propia consorte desapareció en compañía de un crítico de cine, barbudo, con quien estaría toda la noche. La mía, bastante más movida, no había hecho más que empezar...»

León X. de Y., *Las cuatro garras del león*, Z***, Ediciones W***, 198..., pág. 101

Como a pesar de no ser crítico de cine, ni barbudo, resulta que fui yo quien desapareció con tu mujer, y como la única versión que se ha difundido del suceso ha sido la tuya, por la simple razón de que con cierta periodicidad depones tus torpes andanzas camufladas en forma de novela o libro de cuentos, que alguien (normalmente una Diputación) tiene el mal gusto de editar, me paso momentáneamente a tu terreno: acopio papel, empuño el bolígrafo, y me aparto de mis quehaceres habituales para dar cuenta de los hechos.

No lo haría, desde luego, si no hubiera tenido la mala suerte de toparme con tu libro (por más señas, en un puesto de saldos de la Cuesta de Moyano): el hormiguillo primero de reconocermé, y reconocernos, a tantos años de distancia, y la ira después ante el falaz párrafo de la página 101, y las insoportables, demoradas cuarenta y seis restantes. Y no hago esto porque esté en juego mi honor, ni el de E.T. (como cínicamente rotulas a tu «consorte», la sensible Elena Torres): no tenemos de eso. Tampoco porque sea aquella noche un tema debatido entre los participantes en esa jornada gloriosa. Es más: quitando a Elena (dondequiera que esté) y a mí mismo, dudo que nadie la haya conservado en su memoria: José Luis, entregado a sus programas de televisión, Alfredo prófugo de la Justicia, Carmen en la galería, el Canario con sus historias polvorientas, y León en el psiquiátrico (¿ves, querido, qué fácil sería cambiarte de casilla? —pero no: es sólo una broma).

Y ante todo: los hechos no transcurrían en París, como claramente habrías deseado, oh iluso (no acabo de entender esa manía de los naturales de Y*** por dar un barniz cosmopolita a sus muy triviales actividades en la capital). Era una noche madrileña típica: cálida, radiante, y sembrada de verbenas por las fiestas.

Dejadme recordar. No es que haya pasado mucho tiempo, pero (debo confesarlo) ha habido dos o tres crisis importantes desde entonces, y a medida que yo iba emergiendo más nítido, los hechos anteriores desgastaban sus perfiles, por algún tipo de compensación extraña. Porque la verdad es que yo entonces existía muy poco. Preguntad, preguntad entre los medios artísticos y de periodismo de la

capital, enseñad incluso una fotografía de la época, y a ver quién puede situar, y dónde, a ese joven pálido con ojos de carnero degollado.

Mi presencia en la cena; primer punto notable, y primera decepción: no sé por qué estaba allí. Sólo conocía a Alfredo (y a Ruth, claro; por lo general los matrimonios constituyen un lote), pero tampoco nos frecuentábamos demasiado, para mi desdicha. Supongo que alguien se pasaría por la revista donde trabajaba, o yo cazaría al vuelo la invitación. Lo hacía con frecuencia, aunque luego normalmente me arrepintiera. No esa noche. Pero allí estábamos todos: yo mismo en una esquina, con la inquietante perspectiva de desconocer al ochenta por ciento de los presentes, y de que ese alto porcentaje pareciera muy capaz de seguir en ese estado el resto de sus días. Salvo Elena, y todo fue por culpa del pañuelo que yo llevaba al cuello (luego, en mis brazos, me comentaría —con esa terrible avidez de los amantes por remachar con palabras el punto de inflexión en que podría no haber ocurrido— cómo había prescindido por completo de mí, mi previsible aspecto, mis palabras escasas, hasta los postres, cuando sentí frío y me lo puse: ¡alguien con ese pañuelo no podía ser habitual! —la pobre Isabel siempre me había escogido bien la ropa: ella era la poco habitual).

Tampoco puedo recordar ni una palabra de lo que se habló, pero aquí puedo emprender un instructivo ejercicio de reconstrucción; instructivo y además inocuo: no afecta demasiado a los hechos posteriores. La verdadera acción comienza en la desbandada. Pues bien: hablaría Alfredo todo el tiempo, con su verbo de anfetamínico; «su» pobre Ruth ni una palabra; el Canario sí, por borracho; Carmen lo justo, y León igualmente (porque el muy cabrón estaría ya fraguando: «Aquel pequeño restaurante de Montmartre...»). Y yo, nada en absoluto. Eso en cuanto a la cantidad. Por emisores y destinatarios: Elena me preguntaría un par de cosas (hacia los postres); Alfredo hablaría a todos, o más bien al éter; León sólo con Ruth, eso lo recuerdo positivamente, y nada con su mujer. Y ahora los temas (no sé si se procede exactamente así: hace demasiado que no leo novelas).

Se hablaría, pues, del último libro de León, de la televisión (que empezaba a tentarles a todos: ¡qué inmenso error!), de galerías de arte, chismes, del calor de la noche, de locales nocturnos, de restaurantes, de comida, del postre, del café, de licores. Bueno: ya vamos por las copas.

Fui yo («alguien»; «con barbas») el que habló de la verbena. ¿Por qué? Bueno: ya estaba bien, y además ansiaba sentirme en terreno propio de una vez. Como el más joven de los presentes, mi propuesta fue recibida con reconocimiento y envidia: él «sí» que sabe, los sitios donde «se» va, etc. Naturalmente, di las indicaciones mal, y la expedición, fragmentada, nunca podría volver a reunirse. No

lo hice aposta: sencillamente, esas cosas me pasaban. Nunca habría osado interferir a sabiendas con el Azar (divinidad a la que entonces sacrificaba todos los días), y además a aquellas alturas tampoco tenía nada que perder.

De camino al aparcamiento, ¿cómo nos repartiremos? Alfredo me lleva hacia su coche cogido del hombro, contándome cosas. Yo espío de reojo la situación de Ruth. Finjo un golpe de tos que me libera al tiempo de su abrazo y su cháchara, que sin transición dirige hacia otro. Pero ya es tarde: un ávido León me ha interceptado y se sepulta con Ruth en la trasera de otro vehículo (el «Peugeot»). Ahora puedo decirlo: Ruth me gustaba, me gustaba mucho, puede incluso que la quisiera, y una acción más decidida en ese momento me podría haber garantizado: en esa noche concreta, acceso carnal, sin duda; después desayuno soleado a media mañana, cita para más tarde y, ¿quién sabe?, tal vez hoy no estaría... Nunca puede decirse.

Alfredo me reclama desde su coche, también atestado, y me hundo en un hueco al lado de Elena. Ella me sonrío. Se repiten las indicaciones —¡ay!, tan falaces —, entre risas y algarabía etílica, y parten los vehículos. El Canario oficia de copiloto (inolvidable). En la primera curva compruebo el carácter deliciosamente muelle —«neumático», decíamos entonces— del cuerpo de tu mujer.

Días más tarde le dediqué un soneto, en alabanza de sus bellísimos senos y recuerdo del momento en que tomé conciencia de ellos. Lo intercalo aquí, interrumpiendo la acción, para que se vea la altura de la pasión que, si bien poco duradera, llegó a inspirarme:

Por alumbrar la joya de Castilla
se apresuraba Febo una mañana:
pronto sus rayos cubren la galana
maraña de tejados de la Villa

y Corte. Ya se yergue, ya la orilla
de sombra retrocede: estalla en grana
la fachada de Oriente, más se afana
y en la plaza cercana, ¡oh maravilla!

arden las lanzas. Cuentan que ese día
dos palomas gemelas que entre lazos
de seda negra presas suspiraban

echaron a volar en la alegría

del contacto solar, y entre unos brazos
encontraron el nido que ansiaban.

Resumiéndolo mucho, éste poema narra el amanecer en que nos besó el primer sol en la explanada de la Armería, y acaricié sus senos. Era —es, supongo, porque confío en que a pesar del tiempo transcurrido la flaccidez no haya hecho mella— del curioso tipo de mujeres cuya vestimenta disimula la rotundidad de unas formas marmóreas, bien porque, por pudor u otro motivo (como la escasa boga contemporánea de curvas tan señaladas), quieran esconderlas a la avidez general o bien por ignorancia del poder de excitación que tienen entre nosotros. Sea como fuere, lo que descubrí bajo la amorfa superficie del jersey era notable. Prosigo.

Y bien: podría contar ejemplarmente, porque de eso sí que me acuerdo, la llegada a la plaza, que no sólo no estaba donde yo había asegurado, sino que además no tenía nada de verbenera: negra y desierta. También la breve espera que nos convenció de que el resto de los coches se había perdido. Pero, curiosamente, a nadie pareció importarle. Yo me sentía culpable; aparte de haberme separado de quien más me importaba, daba todo la impresión de ser una maniobra, una acción propia de lo que entonces se llamaba un «buitre»: aquel varón que, incapaz de seducir en lucha abierta, aísla primero, abrumba y asedia después, para acabar obteniendo al final, a una víctima demasiado cansada (o aburrida) para resistirse. Yo no lo era (y a Alfredo no le hacía falta), así que propuse, bastante juiciosamente, que si queríamos reunirnos con el resto la mejor estrategia sería ir a uno de esos sitios donde va «todo el mundo» a partir de cierta hora de la madrugada (efectivamente, pasó por allí todo el mundo, menos ellos dos: Ruth, arrinconada en un hotel; León, primero encima, luego dentro, etc.).

Y allí fuimos. La extraña Carmen (me encontraría otra vez con ella; hasta la entrevisté: ni me reconoció) anunció que tenía sueño, y se marchó. El Canario fue tragado por la noche, en compañía de alguien más que sin duda tuvo que estar ahí todo el tiempo, puesto que en el coche habíamos ido realmente apretados. Los restantes nos apiñamos en una mesa del local. ¡Qué jaleo! Elena cumplía bien su papel de foránea subyugada por la vorágine del Madrid *la nuit* (jesto sí en francés!). Alfredo sacó primero los porros, luego las anfetás, y por último pidió cubalibres. Yo en aquella época tomaba de todo —por eso pasó tan pronto, la época—, y le seguí. Elena colaboró con dignidad. El ambiente se caldeó horrores, porque prácticamente todo el mundo hacía lo mismo. En un momento —juraría (aunque no puedo garantizarlo)— apareció un tragafuegos en medio de la multitud. Gemido bronco de

la deflagración sobre nuestras cabezas, el rebufo de aire ardiente y una llama diminuta baila unos segundos en nuestras pupilas dilatadas.

Me encontré con que la mano cálida de Elena me acariciaba el cuello. Después besó a Alfredo un rato, y yo me fui a comprar tabaco. A la vuelta estaba ella sola. Total: un desorden.

La cogí del brazo, tal vez con demasiada decisión, y me la llevé fuera. Paseamos durante horas, pero no la toqué. El azar de nuestros pasos nos situó en el fin de la noche al final de la ciudad, la anchísima plaza desierta que termina en un descenso abrupto, como un barrunto del mar, junto al Palacio. Llegamos hasta el fondo, y justo al darnos la vuelta la marea solar rebasó el lejano frente de casas, y la oleada cálida nos bañó, encendiéndolo todo. Entonces, lenta, premeditadamente, acaricié unos senos durísimos.

Subimos en seguida a casa. Me pidió una bata y le di el kimono de seda que Isabel me había dejado en herencia. Debajo estaba sencillamente desnuda. No hablamos. Sólo nos mirábamos, recostados encima de la cama tersa. Con el primer estruendo de bocinas comprobé la infinita suavidad de su cuello, y luego jugamos a acariciarnos como si hiciéramos otra cosa, un trabajo de modelado, o tal vez explicar a un ángel cómo y por qué y de qué forma cambia el cuerpo de un hombre, y hacia dónde. Nos asustó el timbrado del teléfono, pero ella me volvió, y buscó mi centro, y yo me volví y ella me capturó unos segundos, y una hebra plateada fue breve puente colgante entre nosotros. Luego la acaricié *por dentro*, y una nube me separaba la frente de los ojos. Había una hilera de nudos trenzada en mi columna, y se deslizaron, estallando, uno a uno.

La habitación de tu «Hotel Duverger» olía a cocina y a cerrado. Tengo entendido (me lo contó Ruth) que no te quitaste ni los zapatos. Ella no se habría depilado, ¿o no llegaste a bajarle los pantalones? ¿Cómo fue la cosa? ¿Tanteo ciego, reptas sosteniendo con una mano; tal vez babeas? Convulsiones epileptoides, acto seguido. Y aún así, ¿duró todo más de medio minuto? (tus famosas cuarenta y seis páginas).

Querido: he tardado varios años en saber lo que tú crees que hiciste cuando te escapaste con quien yo quería. Tal vez te haya interesado saber lo que sí ocurrió en mi noche.

Lanzo ahora este mensaje en la botella para que te llegue... cuando tenga que llegar. Espero la respuesta entre los puestos de Moyano, los domingos por la mañana. Y no hay ninguna prisa. Echo una última ojeada a los montones de libros en saldo y me aseguro los periódicos doblados bajo el brazo. Desciendo solo la

cuesta en el solecito de invierno y cruzo el paseo hasta llegar a El Brillante, donde me esperan, como siempre, el vermut y las almejas.

Dos torres en la llanura

—«La sierra de Alara agrupa sus últimas estribaciones en el antepecho de la llanura del Gran Sal, como temerosa de desparramarse. Allí tiembla el sisito, y en primavera el aire se llena del aroma de la cabía».

—Animal, vegetal —fui apuntando.

—Calla. Sigo. «Los pocos torrentes que han sobrevivido hasta el altiplano, se remansan y olvidan su condición antigua. Pero justo cuando la llanura es una presencia excesiva, y ríos y hombres se anegan de horizontalidad, llega la zona de las quebradas.

»Los pasos de un gigante, o convulsiones geológicas de la época en que el mundo aún era joven han roto la corteza en mil fragmentos. Un arimús en vuelo plácido sobre la llanura vería abrirse bajo su vientre...»

—Vientre... —repetí.

—«... abismos, pozos, grietas, y allá en el fondo, lejanos, campos cultivados, una hilera de árboles, un pueblito. Erguido sobre la cabalgadura el viajero que se acerca no puede sospechar...»

—¡Ahí está! —grité— ¡Tiene que ser eso!

—No... «No puede sospechar la existencia, bajo sus pies, de todo un otro mundo». Fin del capítulo. El próximo es «Quebrada abajo». Y no puede ser eso porque aún faltan más de veinte kilómetros. Seguro. Tengo el mapa.

—Dame un beso —dije.

En cuanto lo decidimos, todo fue muy rápido. Se me ocurrió a mí, claro. Y lo dije: «Donde yo quiera. Exactamente donde yo quiera. Y además sólo voy a saber dónde quiero cuando esté encima». Y por eso volamos a Buenos Aires. Pero allí no era. Y luego a Montevideo, y había pájaros de colores en los árboles. Y en un puesto de la calle vimos un libro viejo que hablaba de otros lugares; compramos un mapa y (nunca lo habría creído) alquilamos un coche para ir hacia el nordeste.

—Mmm —suspiré—. Otro. Muy bien.

—Paremos —dijo.

—No; estoy segura: tiene que empezar ahí mismo.

Y aceleré. Además de otras muchas cosas, estaba recuperando algo que no creí nunca volver a sentir: el placer del volante, la rigidez del cambio bajo la mano, y la fuerza mecánica que te aprieta contra el asiento, mientras a tus espaldas el camino se deshace en polvo, y vas ganando horizonte. Y ahí llegaba.

Al principio daba la impresión de una suave loma extendida a lo largo de la vista, como un repecho que atraviesas con una leve torsión del estómago, para

recuperar luego todo el llano. Pero se acercaba, y una barruntaba un fin abrupto, una línea aguda que se abría sobre la nada. Y de pronto la teníamos encima, y era que la tierra se cortaba, y al otro lado sólo estaba el cielo, y como respetándolo la carretera daba un giro brusco de casi noventa grados, y se alejaba paralela al borde. Paré justo en el codo, y maniobré despacio para salir del camino. Me golpeó el calor al bajarme, y me cogí de su brazo para llegar al borde.

Era tal vez como la corteza de un bizcocho demasiado tiempo en el horno. Bueno: era exactamente eso. La costra morena de la tierra, y las resquebrajaduras, unas inmensas como la que teníamos ante nuestros pies, pero otras pequeñas, y todas ellas sin ningún orden, saliendo unas de otras, abriéndose y cerrándose al antojo de un plan complejo o imprevisto. Y al fondo (y ahí fracasaba mi imagen), la huella plateada de algún río, cuadraditos de verde, y alguna rara casa. Respiré hondo.

—Allí dentro —y extendí el dedo.

—¿Pero no íbamos hacia —debió recordar las Reglas, y se paró por un momento—...? ¿Allí dentro? ¿Tú sabes el rodeo infernal que hay que dar para...? —entonces se calló, y nos miramos.

Por lo general él sostenía que todos los lugares eran iguales, y que todas las personas eran iguales. Como muchos otros vagos geniales (básicamente hombres), tenía la capacidad de reelaborar sus excusas hasta crear la apariencia de un orden. En el suyo estaba nuestra casita de C***, destino previsible de todo viaje. «Ahí tienes», podría oír, «tierra, mar, gente... Como en cualquier otro sitio. Habla con aquella vieja que ahora sube despacio la cuesta. Nunca lo has hecho, ¿no? O vayamos hasta la cumbre de esa montaña a ver qué hay. Y cuando acabemos todo, entonces no me importará ir a otro sitio». Eran sofismas, pero efectivos. O bien decía: «De acuerdo, podríamos llegar a algo nuevo, pero no dejaré de encontrar en ese valle del Nepal cierta gama de verdes, una calidad de aires, la tendencia hacia la altura (si bien exagerada) que veo en C***. O en el campesino que clava el azadón en el otro extremo del planeta, cultivando taro, creeré percibir el aire cazarro y de sospecha que tantas veces he admirado en sus paisanos más próximos. Sí, bueno, vayamos 'por ahí', pero sólo encontraremos, a lo sumo, la recombinación de elementos que ya conocemos. ¿Viajar? No es necesario...» Pero entonces ocurrieron varias cosas, y luego nos casamos (aunque en secreto), y entonces me dijo que le pidiera lo que quisiera. Y se lo dije.

Ahora su sonrisa se había ensanchado, y los ojos le brillaban. Tenía la mirada perdida en las profundidades de la quebrada, y ya le veía calcular distancias, adivinar el destino de los retazos de camino que desaparecían en cualquier revuelta.

—¿Igualito que C***, eh? —corté su ensoñación, vengativa— Ahora conduces tú.

La carretera había empeorado, como perturbada por el brusco cambio de dirección, y recorrimos unos kilómetros de baches peores que los anteriores. Nos cruzamos con una camioneta traqueteante que nos despidió con un larguísimo pitido.

—Creo que lo que deberíamos hacer es seguir hasta Punta Cráser, para luego empezar la bajada. ¡Qué calor! ¡Mira que venir en verano...! —se quejó.

—No es verano. Es invierno. Es nuestro verano y el invierno suyo, y van a venir las lluvias, porque nos lo dijeron, y el frío.

Nos lo contaron en el pequeño almacén que había en el desvío:

—Allá por el novecientos. Eran holandeses, o alemanes. Venían porque en Europa no les querían... cosas de religión, creo. No se llevaban bien con nadie. Esto lo fundó uno que se llamaba Cráser, por lo visto, o algo así, pero la gente es inculta, no saben... y se van perdiendo los nombres. ¿Van a bajar? Tengan cuidado. Ya tenían que haber venido las lluvias. Buena gente, pero raros. ¿Yo? Yo no soy de ellos; si no no les hablaría así. Yo vengo de la sierra. ¿No se nota?

Lo resumió así, de nuevo en el coche:

—Estamos a punto de iniciar el descenso hacia una especie de Gran Cañón enloquecido, habitado por gente sospechosa poco frecuentada por sus convecinos. La carretera es tan infecta como empinada, y veo unos nubarrones que nos miran desde la lejanía.

Gruñí, sin atenderle mucho: estaba buscando la continuación en el libro, que amenazaba con deshacerse entre mis manos. Por fin llegué al punto:

—Calla. Escucha; pero no pierdas de vista la carretera, ¿eh? «Capítulo XI. Quebrada abajo» —hice una pausa—: «Ábrese amigable, viniendo de la punta, la Hoya de los Cueros, abrazo gigantesco con que se despide la llanura, y tras una bajada suave viene la primera de las Quebradas, la Torcida, una garganta que serpentea como preludiando el abierto caos de sus hermanas».

—¡Qué horror! —me interrumpió—. ¿Hacia qué sitio desaforado vamos?: «abrazos», «hermanas», «gargantas», y otras cosas que no quiero ni recordar: ¡esta tierra está viva, y nosotros dirigiéndonos hacia sus fauces!

—Eres tonto —protesté—: tú también ves una falda en la montaña, o brazos en un río; es una forma de hablar.

Pero la Hoya ya nos acogía, por fortuna, en su regazo: muy pegado a él descendía la carretera, al principio en una pendiente abrupta, y luego más pausada. Al llegar al fondo, se enderezaba y se encaminaba sin vacilaciones hacia la primera

de las quebradas, entre minúsculos arbolitos polvorientos. Penetramos en unas Fauces amigables, siempre pegados a la izquierda, mientras a nuestra derecha discurría con poca convicción un arroyo. Bajamos en absoluto silencio durante mucho tiempo, y por fin se abrió la garganta y apareció la bifurcación.

—¿Hacia dónde?

Dejé el mapa, ya inútil, y medité brevemente:

—¡Hacia la derecha!

Subimos un poco, para luego iniciar un descenso todavía más fuerte. Al fondo se veía un cruce.

—Suerte que este coche es de la época en que los hacían para durar. ¿Y ahora?

Entrecerré los ojos. No se veía ni una casa, ni un alma, ni un campo cultivado.

—Hacia la derecha, y ahí viene otra vez una bifurcación. Esto debe de ser el «abierto caos» que recorrió don Antonio Nueda hacia 1896. No parece tan ominoso. Ahora a la izquierda.

Vi que me miraba de reojo:

—¿Por qué esa seguridad? Aquí no sirve aquí el mapa, ¿no?

—No: tengo algo mejor.

No se lo dije, pero me había encomendado al número pi, y sus cifras me guiaban en la marcha: las impares hacia la derecha, las pares hacia la izquierda. Era un procedimiento tan bueno como cualquier otro: perfectamente al azar. Ahora llegaba el nueve: otra vez para la derecha. Pensaba qué haría si llegaba un cruce con más de dos posibilidades. Entonces oímos el trueno.

2

En mis ensueños yo era un sisito, o había decidido que el sisito era algo que volaba. Planeaba por el aire quebrada adentro, y yo estaba muy contenta, porque desde arriba veía la red de los caminos, y podía guiar. Pero se levantó el polvo sofocante, y no veíamos nada. Sentía vértigo y me aferré a la cama, que planeaba, y caía y giraba, y yo sólo pensaba: «¿Lleva puesto él el cinturón? ¿Lo lleva puesto?».

Abrí los ojos aterrada, y grité en la penumbra. Había a mi lado una niña, que salió corriendo. Me dolía mucho el cuello, y no podía girar la cabeza. Gemí, bajito, un rato y por fin me quedé dormida.

A veces lo más importante me parecía precisar claramente el orden, y entonces me decía: salida de España, Buenos Aires, Montevideo, las quebradas, el

accidente, la cama. Eso me servía para no confundirme, porque a veces me daba la impresión de estar aún en el último hotel, con esas odiosas camas estrechas y separadas. Y eso habría significado que él estaba al otro lado del pequeño abismo, que cubría una horrible alfombrilla, y que bastaría estirar la mano, y que él estirase la suya, para que nuestros dedos se encontraran sobre el vacío, como en la despedida de cada noche. Yo no podía estirar el brazo, claro, pero aunque lo hubiera hecho mi pobre miembro no habría podido salvar la distancia hasta la puerta, abrirla, salir de la casa, subir el sendero y llegar hasta la pequeña enfermería donde, me habían dicho, estaba. Y él, al parecer, tampoco habría podido estirar el suyo.

Por eso era importante recordar que esta no era la habitación del hotel. Pero una vez fijado el orden de las cosas, la siguiente operación tampoco era muy clara, porque consistía en rellenarlas de tiempo, para saber dónde me encontraba ahora. Tenía que decir: Buenos Aires, ocho días; Montevideo, dos semanas; hasta las quebradas, tres días; hasta ahora... Y al llegar aquí todo se nublaba, y si la niña que me cuidaba se encontraba a mi lado se lo podía preguntar (aunque ya se lo había preguntado muchas veces), o quizás al hombre.

El hombre me había dicho, no el primer día, ni el segundo, sino cuando creyó que ya podía entenderle:

—No se preocupe: tuvieron un accidente, un corrimiento de tierras. Su marido está muy magullado: la mandíbula rota, costillas. Usted, las cervicales, el brazo. Pero se curarán. Su marido está en la enfermería, bien cuidado. Descanse.

Descansé, pero en medio de mis sueños alguien me zarandeaba y me pedía explicaciones. Varios días después, bruscamente, el hombre me lo dijo todo; estaba pálido:

—¿Cómo llegaron aquí, Dios mío? —me preguntaba, o lo preguntaba hacia arriba— Nuestros abuelos vinieron hasta un rincón del mundo para no ver a nadie, para estar solos. Y ahora —me miró, directamente a mí: debió ver las vendas, mis ojos hinchados—... No se preocupe, descanse. ¿Le atiende bien la chica? Tenemos poca gente libre, después de la riada —dio media vuelta, para irse, pero se volvió—. ¿Cómo llegaron precisamente hasta aquí?

Hice un esfuerzo por contestar, por decirle lo que quería, por colaborar, y que no creyera lo que no era. Pero estaba muy cansada. Abrí los labios, resecos, y sólo pude decir una palabra:

—Pi...

Soy analista, pero podría haber sido cualquier otra cosa. Mi marido es encantador, y sólo podía haber sido eso. Yo quería verle por encima de todo, pero me habían dicho que él no podía moverse, yo no podía moverme, él no podía

escribir, yo no podía escribir. Pedí una cassette, y se rieron. Entonces recordé que no había oído música, ni una radio en los largos días que ya llevaba allí. Sólo había oído voces, tranquilas, y muchos niños. Ni un motor. Podía haber estado — meditaba—... en cualquier año, pero hace muchos.

Al hombre le pedí que me acercaran la cama a la ventana: quería mirar fuera.

—Usted no lo entiende —me dijo, alterado—. No es una huésped. No es bienvenida aquí. Les hemos socorrido, les estamos manteniendo hasta que soporten el viaje. Pero no queremos que se mezclen con nosotros.

—¿Y mi marido? —pregunté.

—Les preferimos separados —desvió la mirada—. Pero no se preocupe: está bien.

En cuanto me sentí con fuerzas me levanté, sola, y apoyándome contra la pared llegué a la ventana. Era por la mañana: fría y reluciente, y me habían despertado voces de niños. Me asomé con cuidado. Enfrente había una casa baja, como sin duda era la que me albergaba, y en ella un banco de piedra, y unos niños al sol. Jugaban a las escuelas, o a la iglesia, porque uno de ellos tenía un libro en la mano, con grandes letras en la portada y, aunque lo tenía boca abajo, hacía como que lo leía a los otros. Debía de ser muy listo, el pequeño, porque recitaba sin parar, de pie sobre el banco, y de vez en cuando hasta pasaba una página de su libro al revés. Y entonces creí que entraba alguien, y me volví deprisa, y el cuello me dolió bajo el collarín.

3

Acumulé fuerzas, y las fui probando, levantándome cada vez que estaba sola. Por fin decidí salir una mañana, después de que se fuera la niña que me traía el tazón de te amargo.

Mi puerta daba a un pequeño zaguán, y éste al exterior a través de una puerta pesada, pero abierta. Asomé la cabeza y vi las pocas casas, la calle de tierra, desierta. A la derecha había un edificio un poco mejor cuidado, y decidí: «La enfermería». Pero al llegar a su lado, mareada y arrebujaada en la manta, vi desde la puerta abierta que era la escuela. La pizarra estaba llena de signos, los miré y me dio mucho miedo. Luego a los carteles que había por la clase, y el miedo dio paso a la náusea. Entonces el hombre se dio la vuelta y me vio. Se encogió de hombros, y me dijo:

—Pase. O váyase. Esto se ha acabado...

Y se volvió, irritado, a una alumna.

—¡Lee! —gritó.

La niña se levantó, con el libro muy pegado al pecho. Lo apartó, lo abrió por el final, y lo levantó con ambas manos hasta ponerlo delante de sus ojos.

—En el principio —dijo, con voz débil, pero segura— crió Dios el cielo y la tierra.

Me había parecido que abría el libro por las últimas páginas pero estas palabras, bien lo sabía yo, debían ser las primeras. Entonces busqué la leyenda de la cubierta: no estaba donde debía, sino en lo que debería haber sido la contraportada. Sagrada Biblia, decía. Al revés. El libro estaba al revés: las letras boca abajo. Como las de la pizarra, y las de todos los carteles de la clase. Pero la niña seguía:

—Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo: y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

Me y me acerqué a ella, que se quedó callada de pronto. La rodeé, y miré las páginas abiertas. Estaban boca abajo. No era sólo la cubierta, como habría deseado. La niña leía un libro del revés.

El hombre la señaló, serio:

—Ha interrumpido su lectura. Estará triste.

La niña tenía la vista baja, sobre el libro, que seguía manteniendo en posición abominable, y no decía nada. Alargué la mano, para acariciarle el pelo, pero se zafó de un golpe y salió corriendo por la puerta. Me quedé mirando el rectángulo blanco, brillante por el sol exterior, hasta que me dolió la vista y me volví hacia él.

—La clase ha terminado. Hasta mañana...

Los niños salieron en silencio, sin dejar de mirarme... Y él se volvió hacia mí, como un profesor. Yo me había sentado en una de las pobres sillas, y miraba una y otra vez los carteles, las letras de la pizarra.

—Para nosotros un libro es como un árbol, como una pirámide —empezó—. Cuando uno de nosotros abre el Libro, inicia el ascenso de un edificio. EL GENESIS, rezan los gigantescos sillares inferiores, abarcando toda la vista; CAPÍTULO PRIMERO, dice la hilera superior, y a continuación los sagrados ladrillos, uno a uno. El acto de la lectura es un ascenso, estabilizado en mesetas... Es la imagen misma de nuestra providencial situación geográfica, ¿se da cuenta?

Asentí. No me bastaba.

—Pero entre nosotros, también, o sobre todo, un libro es un árbol. Porque las palabras empiezan abajo, pegadas a la tierra, y van subiendo hasta llegar al cielo: recorreremos, una tras otra, las ramas horizontales, y allá en la cúspide, la recompensa: la Palabra. No nos engañemos al verlo hecho de hojas, y encuadernado: es por pura comodidad. Pero hay que pensarlo así: si estuviera escrito en un largo rollo, como

ocurría antes, comenzaríamos la lectura por abajo, y remontaríamos toda su longitud hasta llegar arriba. Leer es elevarse.

»Y las letras son como arbustos; brotan del suelo, tienen sus raíces en él: raíces pequeñas, como el débil punto de la *i*, o complejas, como el garfio de la *f*, o el espolón de la *t*. Algunas letras levantan el vuelo, en la tendencia general del Libro: son las rectas *q* y *p*, que indican que hay dos caminos simétricos; la *y*, que se eleva, pero que mira hacia detrás, y la *g*, que asciende y se arrepiente luego; pero aquí hay más simbología de la que usted podría comprender.

»Trece letras no sobresalen por ningún lado, las llamamos... pero a usted eso no le importa. Trece letras sobresalen o por arriba o por abajo. Sólo una, fíjese bien, sólo una brota desde la tierra hasta el cielo, como una rama de helecho joven que se desenvuelve: es la *j*. Es la inicial de Jesús. La llamamos el gozne, y otras cosas que no puedo repetir.

»Cuatro de esas letras lisas, inertes pueden cobrar raíces, y en ellas tomar impulso para saltar: *a*, *e*, *o*, *u*. Es cuando reciben el acento, que los griegos llamaban «espíritu»: la fuerza. Hay pecados, y actos que se expresan primordialmente con estas letras, para los que no existe perdón, porque ya se les dio una oportunidad.

»Nuestra lectura, nuestra escritura, avanza de derecha a izquierda, como el hebreo, la lengua primera del Libro, la lengua en que escribió Cristo (en una sola ocasión, según todos los testimonios). La escritura del Nuevo Testamento, el griego, fue al revés: de izquierda a derecha. Pero siempre de arriba a abajo. Nosotros recobramos la dirección en que se escribió el Antiguo Testamento, y le damos un sentido nuevo: ¡hacia arriba! Nosotros somos la Síntesis, y han hecho falta varios milenios para que existiera. Somos también el final, aunque ése no sabremos cuándo vendrá.

»Y eso era todo. Ya lo sabe todo: lo que había descubierto y lo demás. Ahí lo tiene.

Me levanté, aterrada, de golpe.

—Mí marido: ha muerto, ¿verdad?

Me miró, extrañado:

—No. Está mejor; de verdad. Pero no queremos que se encuentren.

Me callé por un momento y señalé a libro:

—¿Cómo llegaron a ello? —pregunté.

—Hizo falta una doble inversión para llegar a la verdad, y para que ésta fuera tan patente que quedara oculta a los ojos de todos. No es infrecuente el hecho de coger el Libro al azar y encontrar allí una respuesta a las tribulaciones. Era un día, un día muy concreto, que sabemos cuál es, pero que no tengo por qué decirle: ella,

nuestra... fundadora, atormentada por las dudas, cogió, de vuelta de una tormentosa jornada, la Biblia de su escritorio. La abrió sin mirar, y posó el dedo sobre un pasaje. Bajó la vista y descubrió que el libro estaba al revés...

Usted, yo mismo, ¿qué habríamos visto en ello? Una burla, una bofetada de la Providencia, la indicación de que un camino más se cerraba. Ella permaneció con la mirada clavada en el versículo: era el 1 del capítulo 26 (¿reconoce las cifras?) del Levítico. Lo leyó, trabajosamente, sin dar la vuelta al libro, porque era así como lo había encontrado: «Yo el Señor Dios Vuestro: no os haréis ídolo ni escultura, ni alzaréis títulos ni hitos en vuestra tierra para adorarla. Porque yo soy el Señor vuestro Dios».

Lo leyó otra vez, y otra, y otra y otra vez, porque sabía que la respuesta tenía que estar allí. Lo leyó y leyó hasta que las palabras no significaron nada y las letras perdieron sentido. Leyó hasta que las líneas fueron una masa gris de palabras como grumos. Y entonces sus ojos se engancharon en los dos únicos rasgos que sobresalían, como un viajero que advierte dos torres en un paisaje llano. Los siguió hacia abajo, y vio que los signos tenían dos pies en tierra, y que enmarcaban otras dos figuras cerradas que a su vez rodeaban a una que se revolvía sobre sí misma: «yo soy». Meditando, vio que allí tenía las tres formas primordiales: el círculo, la confluencia de tres segmentos, y (aunque violentada) la recta. Por último observó que los cinco signos se disponían en una agrupación poderosa, porque dirían lo mismo a quien se acercara por la derecha o por la izquierda. Sólo entonces recapacitó en que tal vez debajo habría un contenido, y deshizo el camino desde la geometría a las letras (girando todo su universo, de modo que cobraran sentido), de ahí a las palabras, y de éstas al significado.

Y ella supo qué es lo que era, y dónde estaba. Y supo también que la selva de tildes y puntos y mayúsculas, y rasgos de letras que se hundían en el suelo, existía para anclar más firmemente un horizonte de palabras sobre el que se elevaran dos torres gemelas. Y éstas ascendían sólo para decir: «yo soy».

Tuve luego mucho tiempo para pensar. ¿Por qué no?, sobre todo. La lectura es una convención, todo en ella es arbitrario: ¿empezar abajo, arriba?, ¿por la derecha, por la izquierda?, ¿que la forma de una letra sea así, o al revés? Es lo mismo: los antiguos cajistas eran capaces de leer la imagen espejular de un escrito, sobre la forma dispuesta para la impresión. Hay decenas de alfabetos, que discurren en todas las direcciones. Cualquiera se puede practicar, enseñar: respecto a eso todos son iguales. Lo que no es lo mismo es lo que significan las cosas: ¿igual empezar por el lado dominante del cuerpo que por el otro?, ¿igual subir que bajar?

—¿Y entre ustedes no enseñan la otra forma de lectura? —le pregunté, unos días después.

—No.

—¿Leen ustedes, siempre, entonces, en libros invertidos? —insistí.

—Sí. En lo que *para ustedes* son invertidos...

—¿Y no se sorprenden los niños al ver las fotos, los dibujos de los libros al revés?

—¿Fotos?, ¿dibujos? —agitó la cabeza—: «No os haréis ídolo ni escultura»: está escrito. Nuestros libros no los tienen.

—¿Y los carteles de las tiendas, de los coches? —empecé a objetar, pero pronto comprendí— De acuerdo: aquí no hay. Pero una última pregunta: ¿y qué ocurrirá cuando sus niños salgan al mundo?

Tardó en contestarme:

—¿Y para qué habrían de salir?... —me miró— Como ustedes... ¿Salir? ¿Para que divulguen nuestro secreto?, ¿para que vengan visitantes con cámaras, risas? Artículos de revistas... Yo conozco su mundo, señora. Sé cómo es. Por eso nos fuimos, y por eso nunca volvimos, y nos defenderemos —abrió la puerta para salir—. Y ustedes no saldrán. Lo siento.

—¡Un momento! —grité— Yo no diré nada. Nada. Lo juro. No solamente no me importa lo que hagan ustedes aquí, sino que lo comprendo, le creo, me lo ha explicado, lo respeto. ¿Me entiende? Mi marido no sabe nada. No sabrá nada. Soy sólo yo. Y yo no diré nada. Se lo juro.

Me miró, pálido de nuevo:

—Sus juramentos no tienen ningún valor.

—Escúcheme: ¿cuál es su nombre? —nunca me lo había dicho.

Vaciló:

—Meyer.

—Bien, Meyer —tomé aliento—: se lo voy a decir. Escuche: le juro que si permite nuestra salida no diré nada, nunca, a nadie. Ni a mi marido, ni a nuestros hijos, que desde el fondo del tiempo buscan salida por nuestra sangre. Se lo juro por el Altísimo, donde acaban todas las miradas. Se lo juro por su Hijo, cuyo nombre empieza por j, el helecho tierno que al crecer dará el árbol de la cruz, que encabeza el ΧΡΙΣΤΟΣ griego. Se lo juro por las torres gemelas, por las diez letras que cuelgan suspendidas de las ramas del Árbol, por las cinco que se elevan, por las trece que existen para gloria del resto, por la suma de todas, que siempre es una menos. Y yo misma, como forma tocada por la fuerza del espíritu, la tengo para decir: jamás

hablaré. Y lo afirmo con la letra que se revuelve incesante entre las torres gemelas más la única letra que, ya enraizada, puede seguir creciendo hacia dentro. Lo juro: sí.

Callé, exhausta. Levanté luego la mirada:

—¿Le vale este juramento?

Me miraba, sorprendido, dubitante, muy pálido, admirado. Contestó:

—Usted lo ha dicho. Con esas mismas letras: sí.

Se levantó:

—Venga a ver a su marido.

4

Entre nosotros se abre un abismo doméstico, de fondo cubierto de flores dudosas, hilachas. Me da miedo por un momento, y extendiendo la mano; él extiende la suya y ya ha surgido un puente que une las mesetas gemelas, rechinantes e incómodas. Por él circulan nuestros pulsos, el calor. Apretando los dedos, relajamos los brazos, y es un puente colgante que apunta hacia el vacío. Me aferro a su mano áspera, porque noto que su presión decrece en el borde del sueño.

La pierdo en un momento, y mi mano desciende, casi rozando el polvo. Me recobro, y la guardo, helada, entre las sábanas. El ya ha dado media vuelta y duerme. Yo aún no puedo.

La vi nada más entrar en la habitación del hotel: hay grupos que las dejan en todos los del mundo. Me aventuro y la cojo. ¿Al azar, como hizo ella? No: debo leérmela entera, ahora que ya sé cómo. Doy la vuelta al volumen, y abro por el principio:

1 En el principio crió Dios el cielo y la tierra.
2 Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo: y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

CAPÍTULO PRIMERO

EL GÉNESIS

Y mi propio espíritu era llevado, ascendiendo, hilera tras hilera.

Sobre el autor

José Antonio Millán (Madrid, 1954) ha publicado las novelas *Nueva Lisboa* (Alfaguara, 1995) y *El día intermitente* (Anagrama, 1990), los libros de cuentos *La memoria (y otras extremidades)* (Sirmio, 1991) y *Sobre las brasas* (Sirmio, 1988), y los libros infantiles *Base y el generador misterioso. Una aventura digital* (Siruela, 2002), *El árbol de narices* (Destino, 2002) y *C. El pequeño libro que aún no tenía nombre* ([Siruela](#), 1993). Tiene obras traducidas a numerosas lenguas.

Se le encuentra fácilmente en <http://jamillan.com>

Los relatos que siguen se publicaron originalmente en:

- «El ciervo herido», en *Lucanor* (Pamplona), 1991
- «Eh, tú, León (carta lenta)», en *El Bosque* (Zaragoza), 1994
- «El espía geográfico» en Joseluis González (ed.), *Dos veces cuento. Antología de microrrelatos*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 1999.
- «Fresa rústica» (como «El arco iris de galanga»), en *Moll de Sortida*, Barcelona, Ayuntamiento de Barcelona, 1989
- «Herederero del cielo», en Joseluis González y Pedro de Miguel, *Ultimos narradores, Antología de la reciente narrativa breve española*, Pamplona, Hierbaola Ediciones, 1993
- «Una observación de Kratzer», en *Diario 16* (Madrid), 2 de agosto de 1989
- «El segundo verano», en *El Periódico* (Barcelona), Agosto, 1990